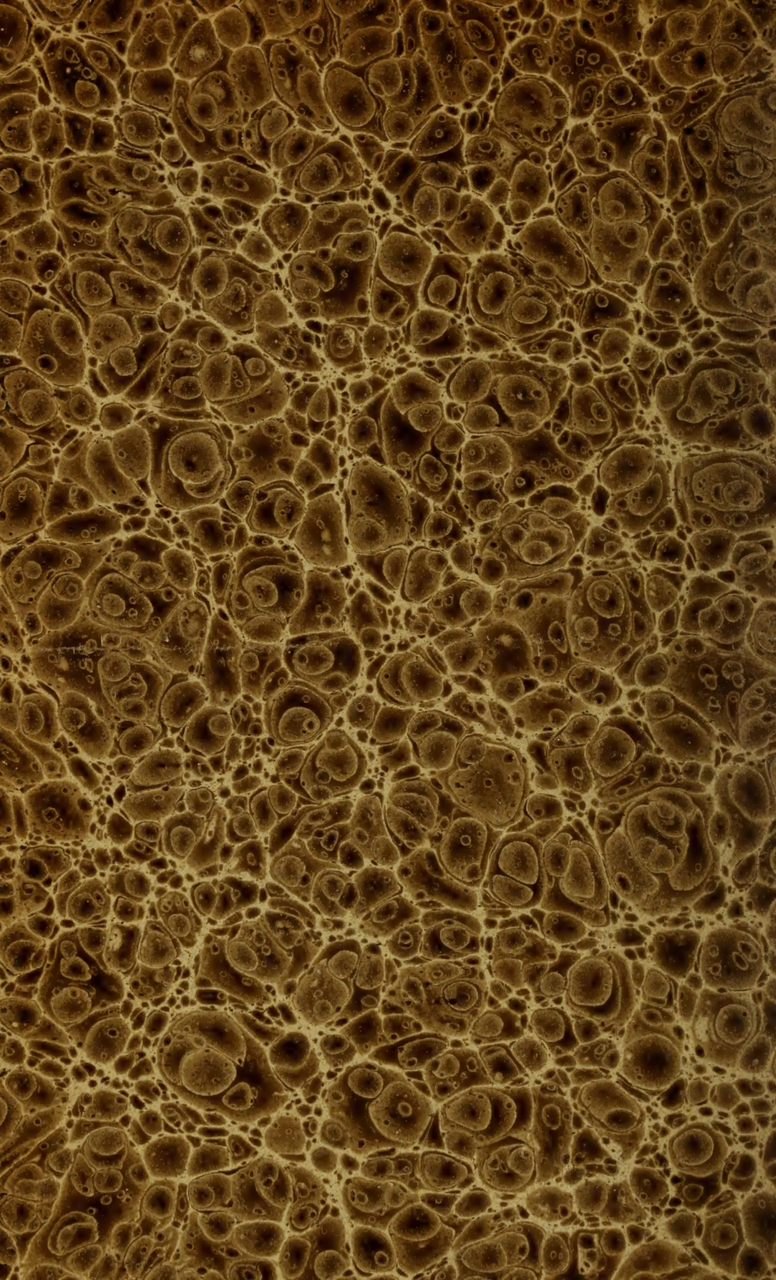
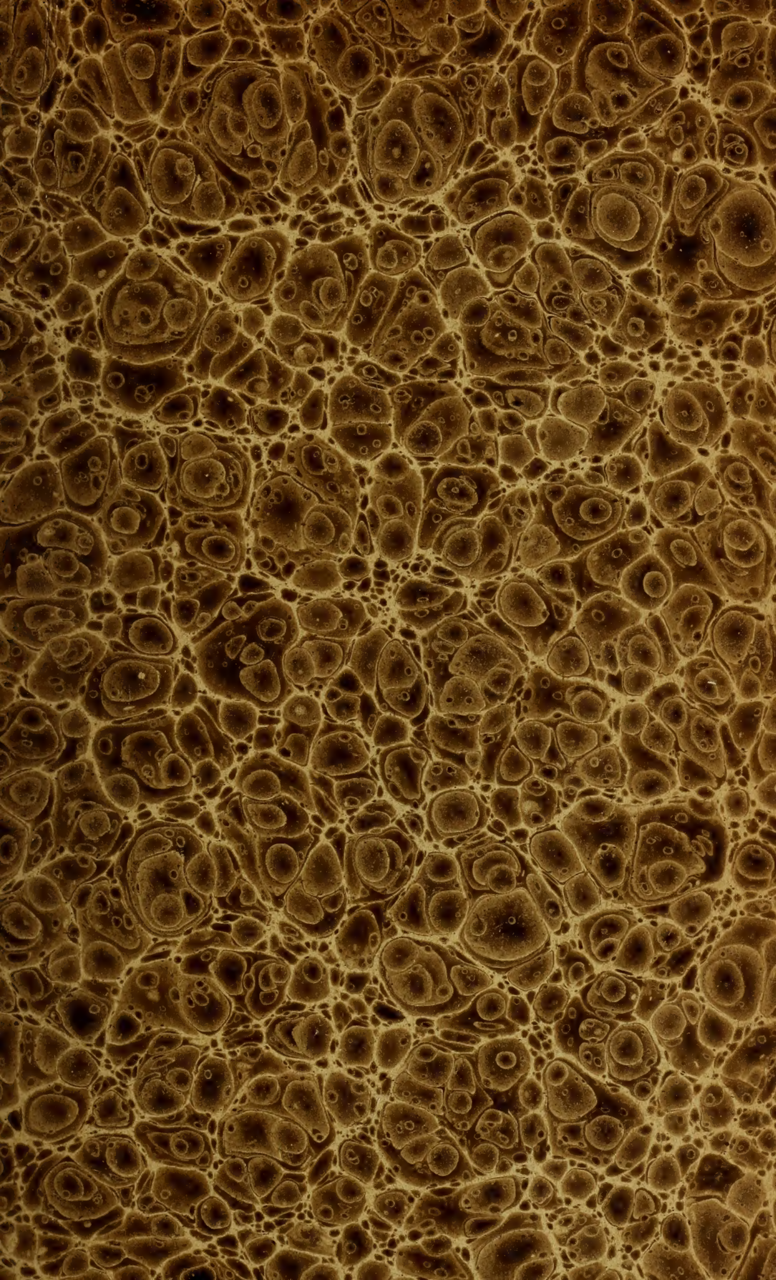

3 1761 09545953 3





EL GRAN CAPITÁN

EDUARDO MARQUINA

EL GRAN CAPITÁN

Leyenda dramática de amor caballeresco, en tres actos y en verso.



RENACIMIENTO

MADRID | BUENOS AIRES
SAM MARCOS, 42 | LIBERTAD, 172

1916

Imp., José Poveda, Príncipe, 24. — MADRID

OFRENDA

A TI
GONZALO HERNÁNDEZ DE CÓRDOBA
MILITAR Y CABALLERO
BRAZO Y HONOR DE SEGUNDONES
GRAN CAPITÁN
ADELANTADO DE ESPAÑA
EN EL MUNDO
DEL REY
PAR Y CONTRASTE
DE LA REINA
PALADÍN Y HECHURA
EN TU ALMA
PATRÓN ARQUETIPO DECHADO
DE AMOR CABALLERESCO
A TI
POR LO QUE DIJO DE TUS HECHOS
Y EN LO QUE CALLO DE TI
LA HISTORIA
ESPAÑA IMITE
LA LEYENDA ETERNICE Y CONSAGRE

ACTO PRIMERO

Rincón del campo cristiano delante de Baza. A la izquierda, la tienda del Marqués de Cádiz y otras tiendas de otros capitanes. A la derecha, arbolado y rocas. Al fondo, en perspectiva lejana, las murallas de Baza.

(*Hay un son de atabales coincidiendo con el momento de levantarse el telón*).

ALONSO DE AGUILAR

(*Entrando por la lateral derecha, al Marqués de Cádiz que sale de su tienda y examina el campo.*)

Regreso de una salida
sin topar alma en el campo,
¿qué nuevas me dáis, Marqués?

MARQUÉS DE CÁDIZ

Los atabales sonaron
hace un instante.

AGUILAR

¿Y anuncian?

CÁDIZ

Que el Señor Rey Don Fernando
se entró en su tienda, a tener
las pláticas para un trato,
con Sidi Hyaya, el Alcaide
de la plaza que sitiamos.

AGUILAR

Si el moro le da ocasión
de echar las redes, hablando,
¡reíos, señor Marqués,
del trance en que agonizamos!

CÁDIZ

Receloso es Sidi Hyaya.

AGUILAR

Cauteloso es Don Fernando.

CÁDIZ

Se bate muy bien el moro.

AGUILAR

Se da el Rey muy buena mano.

CÁDIZ

Sidi Hyaya es hoy más fuerte;
con que arreciará tratando.

AGUILAR

Porque el Rey es hoy más débil,
medirá mejor sus pasos.

CÁDIZ

¡Dios te escuche!

AGUILAR

¡Y a ti, un día,
mirando cómo has cambiado,
Dios vuelva a hacerte el de entonces,
cuando entrabas al escalo
los muros de Alhama, a zaga
de Ramírez y Navarro!

Que a fe que, si hijas tuvieses,
creyera estarme a la mano
con ellas en Baza, al corro;
no contigo entre adversarios,
Marqués de Cádiz, Rodrigo
Ponce de León llamado.

CÁDIZ

Don Alonso de Aguilar,
¡vive el cielo que te mato
si lo dudas!

AGUILAR

¡Vive el cielo,
que eres el mismo de antaño,
Marqués! Pues oye qué he visto
¡y así cegara mirándolo!
Las tiendas sin provisiones,
los heridos sin amparo,
la alhóndiga sin harina,
macilentos los caballos,
sin pólvora que quemar,
las lombardas bostezando
y por las negras rendijas
de los tendales del campo,

metiéndose filo a filo,
la fiebre de los pantanos.
Con esto, el hambre que aprieta;
la Reina lejos, mandando
recuas que, a medio camino,
mueren, metidas en fango.
Mis andaluces, sin habla;
sin humor, los castellanos;
los aragoneses, flojos,
y pendencieros los vascos.
Dígote, Marqués, que es hora
de comedir lo que hagamos
si hay que proseguir el cerco;
porque nuestros adversarios
ya son dos: uno, el de siempre,
musulmán; otro, cristiano;
uno, en Baza, a todo evento;
otro, aquí mismo, en el campo.

CÁDIZ

Pues mis leales de Cádiz
¿piensas que tendrían manos
contra su señor?

AGUILAR

Dudaba
que se atrevieran a tanto;

mas les habrán convencido
tentándoles por lo bajo,
mis leales de Montilla
que ha poco se amotinaron.

CÁDIZ

(*Abandonando las armas que se estaba ciñendo y dirigiéndose al fondo.*)

¡Vive Dios. . .

AGUILAR

(*Reteniéndole.*)

¿Qué hacéis, Marqués?

CÁDIZ

¡Para volar como un rayo,
soltar lastre! Yo también
sé lo que es hambre y mis manos
por lo menos, ¡van a hartarse
de abofetear ingratos!
¿Dónde era el motín? ¿por dónde
tus cordobeses quedaron?

AGUILAR

Donde quedaban con ellos
tus leales gaditanos.
Pero, deja; que unos y otros
ya, a estas horas, llevan harto;
porque refrené el bridón
y, al pasar, les he mirado.

(*Llegan por el fondo unos soldados, empujando a una mora, al parecer, cautiva.*)

ZAPATA

¡Cautiva!

CÁDIZ

(*Saliéndoles al encuentro.*)

¿Decís cautiva?

GAYTÁN

¡Y es moza, señor Marqués!

AGUILAR

¿Bella?

ZAPATA

El aceite es después
que se espachurra la oliva;
y ésta, con su media cara
metida en velos, va tal
que no quiere dar señal
del aceite que soltara.
Pero en principio, os doy fe
que con tan gentil donaire,
no toca pluma en el aire,
como en la tierra su pie.

CÁDIZ

¿Iba a la espía?

GAYTÁN

¿Queréis
que dejara la ciudad
con otro intento?

AGUILAR

¿La habéis
interrogado?

ZAPATA

Podéis
hacerlo vos. Y catad
que no hay lobo que no intente
salvarse en piel de cordero.
La apresamos en la fuente
que llaman «del Limonero»;
llenaba en la fuente el jarro;
nos vió llegar sin un grito;
cobrámosla; en un guijarro
quebró el ánfora de barro
y murmuró: «*estaba escrito*».

CÁDIZ

(*Con interés a la mora.*)

¿No sabes que, estando a caza
las gentes de este marqués,
topar con los grillos es
dejar los muros de Baza?

MORAIMA

Senior de Castilia, él haya
piedad; bien oi desir

que mandaba no salir
de la siudad Sidi Hyaya;
pero en mi chamiso oscuro
que es arrabal de arrabal
hecho con ladrilio y cal
en unos huecos del muro,
tengo yo un hijo, pequenio
como limón de arriate;
le quiero, que oigo en mi suenio
su corazón cuando late
y hase seis días mi suerte
quiere que le vea mal,
le liaman fiebre a su mal,
si no se ataja es la muerte
y yo atajárselo quiero;
y el mal de que morirá,
la cura el agua que da
la fuente del Limonero.

ZAPATA

¡Venía en la comitiva
de Sidi Hyaya!

GAYTÁN

Él la habrá
puesto de escucha.

AGUILAR

¡Y está
llorando a lágrima viva!

CÁDIZ

¡Soltadla!

ZAPATA

¡No, por mi vida,
señor; que la musulmana
puede ser pobre fingida
con rescate de sultana!

AGUILAR

¡Vana esperanza!

CÁDIZ

¿Mi gente
desoirá mi consejo?
¡No es espía!

ZAPATA

¡Ella os lo cuente!
¿queréis que arriesgue el pellejo
sólo por ir a la fuente?

CÁDIZ

¡Sí, por un hijo!

ZAPATA

¡El romance
traía bien estudiado!

CÁDIZ

¡Pues ya está visto y fallado!

ZAPATA

(*Iniciando una cierta reticencia rebelde.*)

Que es decir...

CÁDIZ

Que acabó el lance.
Torne la mora a su casa

libre y en tanto, vosotros
metedme en cincha a los potros
y haremos tala...

(Los tres soldados murmuran entre sí, en voz baja, el Marqués avanza hacia ellos.)

—¿Qué pasa?

ZAPATA

Que vos salís por la mora
señor; mas puede ocurrir
que os tenga que maldecir
por la defensa de ahora
porque, si va sola, puede,
saliendo de aquí, topar
con quien la obligue a cantar...

GAYTÁN

¡Zapata, por mí no quede!

(Los tres soldados, a un tiempo, hacen ademán de arrojarse sobre Moraima; ésta logra escabullirse y Gonzalo de Córdoba, que sale por la parte de los tendales, la ampara deteniendo con la mirada a sus tres perseguidores.)

GONZALO

Ni por mí quede, mujer,
que no cure de su mal
tu hijo, si Dios lo ha de hacer;
toma y lleva a tu arrabal
del agua que es menester.

(*Pone en manos de Moraima un jarro de plata cincelada.*)

MORAIMA

(*Asombrada y atemorizada todavía.*)

¿Qué es esto?

GONZALO

Mi propio jarro;
que, como es plata y es mío,
será impávido y confío
que no lo quiebre un guijarro.

(*Ha dicho las últimas palabras fijando con la mirada a los tres soldados.*)

ZAPATA

(Desnudando resueltamente la espada, a sus dos compañeros.)

¿Sois conmigo a responder?

GAYTÁN

(Idem).

¡Vamos!

(Y avanzan contra Gonzalo; éste, sin echar mano a su acero, coge con la diestra la hoja de Zapata y apartándola de su propio pecho, dice.)

GONZALO

¡Pon tiento al andar!
vas a herirme sin querer
y te tendré que matar,
muchacho.

(A la mora.)

— Pasa, mujer.

ZAPATA

¡La presa es nuestra!

GONZALO

(*Rápido.*)

Y yo soy
tuyo, señor ballestero:
¿o es que no sabes que estoy
pronto a cubrir lo que doy
con las guardas de mi acero?

(*Sin esperar contestación, dice a Moraima.*)

—Pasa, te he dicho, mujer:
¡y entienda que se ha de ver
conmigo, aquí mismo, ahora,
quien no te consienta ser
madre, primero que mora!

(*La actitud de Gonzalo y sus arrestos contienen a la soldadesca; la Moraima, lentamente, levanta su velo y con el rostro lleno de lágrimas, antes de salir, besa las manos de su paladín, diciendo.*)

MORAIMA

¡Dios te lo pague, cristiano;
y a mí me perdone el cielo
si doy el rostro a un profano;
pero es por juntar, sin velo,
¡labio con labio, en tu mano!

(*Sale, y haciendo una rápida transición Gonzalo, tiende su mano a Zapata, agregando.*)

GONZALO

—Y ahora, hablando, compañeros,
¡bien sabe el cielo que yo
librarla quise; mas no
quitaros vuestros dineros!
Si es rescate el que queréis
cobraros por ella, hermanos,
mi tienda abierta tenéis
al saco de vuestras manos.
Corred; mi botín está
por los suelos esparcido
¡y resarcíos allá
de lo que aquí habéis perdido!

Pero si, a más corazón,
más alto pica el querer
y los duelos que hacéis son
por celos de la mujer,
sabed que la vez primera
que hagamos una salida,
traeré mi pluma encendida,
por penacho, en la cimera;
que no probaron reveses
ni los probarán jamás
los que cabalguen detrás
de mis treinta cordobeses;
y que, llegando a caballo,
yo sé estancar el resuello,
con esta daga, en el cuello
de los guardas de un serrallo.
Conque a su gusto y su traza
quienquiera acepte la ofrenda;
¡si es por dinero, a mi tienda;
si es por mujeres, a Baza!

ZAPATA

(Con entusiasmo; arrebatado como sus dos compañeros por el fuego del cordobés.)

¡A Baza!

GAYTÁN

¡Y Baza se vea
por tierra, en nuestra salida!

(*Van a alejarse; el Marqués de Cádiz detiene a Zapata, preguntando.*)

CÁDIZ

¿Adónde, tú y tu ralea?

ZAPATA

¡A la gloria, donde sea!

GONZALO

(*Con gallardía, a los dos capitanes.*)

¡Caballeros: se os convida!

AGUILAR

¡Sopló en nieve y deja brasa!

CÁDIZ

(*Al de Aguilar.*)

Te digo que el segundón
va sacando corazón
para fundar una casa.

(*A Gonzálo, llegándose a el, con señorío y llaneza.*)

—Mucho haces y más prometes,
aguilucho de Aguilar;
todo se puede esperar
del brío con que acometes;
mas si tu potro, al trotar,
la impaciencia hace temblar
de la cruz a los jarretes,
sé cauto; oblígale a estar
metido en tus guanteletes
y hazlo de piedra, al llegar;
no olvides que al desmontar
se conocen los jinetes.

(*A Zapata.*)

—Zapata, la alferecía
que hasta hoy Gonzalo tenía,
tuya será desde hoy;

y a ti, Gonzalo, te doy
mi mejor capitanía.
Con ella va el corazón
y el honor de mi pendón
que más no tengo en el mundo;
¡muéstrate pues, infanzón,
de casa segundón,
y de tu marqués, segundo!

GONZALO

Árdua es la empresa; mi espada
no lo olvidará; de modo
que, no valiendo yo nada,
por ella os cobréis de todo.

CÁDIZ

Pues por ella y porque quiero
que en todo el campo se entienda
lo mucho que de ti espero,
¡llégate un poco a mi tienda,
capitán y caballero!

(*Le obliga a venir con él a primer término, ante su tendal.*)

—De un vinillo de Motril
que traje al campo en dos botas,
bien quedarán cuatro gotas;

(*A un criado.*)

¡vengan pronto! ... — y cuatro mil
nos parecerán, bebidas
entre amigos y soldados.

AGUILAR

¡Tu eres prócer, que convidas!

GONZALO

(*En voz baja dió también una orden a un criado; ahora, refiriéndose a los tres soldados, pregunta*):

¿No habrá unas gotas perdidas
para estos tres invitados? ...
— ¡Llegaos también, señores!
La sala es un monumento
de amplitud; y sobra asiento
para tres, en dos tambores.

(*Llegan al mismo tiempo el criado del Marqués y el de Gonzalo, con jarros de vino.*)

— Marqués, mi criado espera
con un Montilla solera

que es oro y fuego, en quien van
las cifras de mi bandera.

CÁDIZ

(*Tendiendo una copa al criado para que la llene.*)

¡Bien venga si bien lo dan!

(*Ofreciéndola a Don Alonso.*)

Y al más viejo la primera.

AGUILAR

(*Pasándola a su hermano.*)

¡La primera, al capitán!

GONZALO

(*Aceptándola.*)

Tu, por hermano mayor,
no arrugues el entrecejo
pensando que entro al honor
y a ti los gastos te dejo;
por esta capitanía
que saqué franca en la guerra,
no has de vender todavía

nuestro «casón» de la Sierra.
Sé de dos buenos castillos
de moros, que pagarán
mi banda de capitán
con polvo de sus ladrillos;
el oro que en mi coraza
cubra las juntas abiertas,
será el que chapa las puertas
de las murallas de Baza;
y si mi potro alazán,
como es disuelto y travieso,
no puede ya con el peso
de un Gonzalo capitán,
¡yo ganaré, con mi espada,
la perla de una yeguada
o un jaco negro morcillo,
en las cuadras del castillo
del califa de Granada.

(*Aprueban todos y lo celebran; llega el Marqués de Villena por la parte de los tendales.*)

VILLENA

Termina el habla.

(*Manifiestan todos un interés vivísimo.*)

CÁDIZ

¿Qué ha habido?

VILLENA

Que Sidi Hyaya, señor,
no quiere darse a partido.

GONZALO

(*Que acaba de apurar su vaso, tranquilamente.*)

Pues no hay partido mejor.

VILLENA

Sabe el extremo en que estamos
y dice que esas cerradas
puertas de Baza, vayamos
a abrirlas con las espadas.

GONZALO

Bien dice.

VILLENA

Que a más esfuerzos
sabrá oponer más valor.

GONZALO

Pero él no cuenta, señor,
con que hoy llegaron refuerzos.

VILLENA

¿Cómo?

GONZALO

Y refuerzos que no
ceden por falta de pan.

VILLENA

¿Pues quién llegó?

GONZALO

Un capitán.

VILLENA

¿Cierto?

CÁDIZ

(Sonriendo.)
Cierto.

VILLENA

¿Quién es?

GONZALO

Yo.
Me dieron capitanía
de palabra, hace un momento;
no escribieron todavía
la bula del nombramiento;
pero ello no os dé congojas,
Marqués; el moro os invita
¡y vuestra merced escrita
me la pondréis en las hojas
del Korán de la Mezquita!

CÁDIZ

¡Me place!

ZAPATA

¡Pues otro jarro
sacad!

CÁDIZ

¿Quién llega?

ZAPATA

Señor,
el capitán zapador
que llaman Pedro Navarro.

(Viene, efectivamente, por la derecha, Pedro Navarro, desabrido y agrio; dice al llegar):

NAVARRO

No es del caso preguntar
qué festejáis; por lo menos
será que los agarenos
deciden capitular;
sepamos: ¿cómo es el trato?

AGUILAR

Precisamente ahora llega
la nueva: el moro se niega.

GONZALO

Conque hay cerco para rato.

(*Vuelve a retirarse el marqués de Villena hacia los tendales.*)

NAVARRO

¿Y eso festejáis?

CÁDIZ

La causa
del festejo...

GONZALO

(*Interrumpiéndole.*)

No, Marqués:
vayamos despacio, que es
norma suya andar con pausa.

NAVARRO

¿Manda el cerco levantar
el Rey?

GONZALO

Tampoco adivinas;
y es muy poco huronear,
siendo tan hombre de minas.

NAVARRO

Mi oficio está bajo tierra
minando, puesto a morir;
que es oficio de zurcir
los aforros de la guerra.
Brillo poco al sol; no valgo
para una pródiga orgía
como un segundón hidalgo;
que ando entre zanjas y salgo
negro de pólvora al día;
pero en mi oficio yo doy
paso franco a los demás,
Marqués de Cádiz, y soy
tan bueno como el que más.

GONZALO

Pedro Navarro: cualquiera
diría, oyéndote hablar,
que tu oficio es murmurar
del que no es a tu manera.
Pues en punto al ser, parece
que nadie pone interés;
cada cual es como es
y alguno como merece;
porque toda capa es buena,
más, por alguna razón,
Dios da pellejo al hurón
y a los leones melena.

NAVARRO

¡Pues despellejadme luego
si, como hurón, hablo duro!
más yo sé de ello y os juro
que estáis jugando con fuego.

(*Otra vez, al de Cádiz*).

Como yo, debiérais vos
haber llegado, Marqués,
hasta este sitio, através

de esos tendales de Dios;
y habríais visto, al pasar,
como yo, por todos lados,
de inanición tiritar
y de fiebre los soldados;
y dando cara a este breve
paraíso, cuando viérais
que aquí se ríe y se bebe,
también como yo os dijérais;
«aquí abundancia, allá ruina;
«aquí ancha vida, allá estrecha;
«pues si éstos prenden la mecha,
«¿cómo no estalla la mina?»

CÁDIZ

Yo os daré la explicación:
nos halláis bebiendo aquí
para festejar la acción
de un hidalgo...

GONZALO

(*Interrumpiéndole.*)

Yo bebí,
señor, por otra razón.

NAVARRO

Si es la razón de la espada,
no se hace bueno lo malo
con ella.

GONZALO

Es otra; y sobrada.

NAVARRO

Decidla, alférez Gonzalo.

GONZALO

¡Capitán, si no os enfada!

(*Suenan los atabales del principio, por la parte de los tendales y se nota movimiento de este lado.*)

— Pero ya no es ocasión
de hablar.

(*A su criado.*)

¡Más vino!

(A Navarro.)

Y entiendo
que ahora es cuando vos, bebiendo,
váis a darnos la razón.

VILLENA

(Volviendo por el mismo sitio de antes y tomando asiento entre los otros capitanes.)

¡Sidi Hyaya! Han concluído
sus pláticas y aquí llega
para darnos su despido,
volviendo a cruzar la vega.

GONZALO

¡Pues venga y verá, al llegar,
bajo nuestros estandartes,
mantenerse y reventar
la holgura por todas partes!
En parador de tambores,
verá que saltan las copas;
verá, por Castilla, tropas
de soldados bebedores;

mocedad horra, en los daños
de la fiebre y las batallas,
con provisión y vituallas
para un cerco de tres años.

(A su criado, otra vez.)

Trae vino, si todavía
queda vino; y cuando no,
por no decir que acabó,
suéltanos una sangría;
que antes que mostrar las penas
y la miseria en que estamos,
¡quiero yo que nos bebamos
la sangre de nuestras venas!

(Tomando el jarro para servir por sí mismo.)

¡A vos, Rodrigo! ¡y a ti,
mi hermano! ¡y a ti, Gaytán!

(A Navarro.)

¿vos no queréis?

NAVARRO

(A su pesar, comprendiendo y presentando una copa.)

Ahora, sí:
¡tenéis razón, capitán!

(*Crecen la animación y la bulla; tomando su copa, dice Gonzalo.*)

GONZALO

—De mi castillo en Montilla
los pies de gigante anegan
sus viñedos, que le llegan
a mitad de la rodilla.
Señor marqués gaditano,
Montilla es éste; y pues hoy
peligra el campo cristiano,
¡choquemos, que a brindar voy
con mi castillo en la mano!

(*Precedido de algunos caballeros y hombres de armas llega Sidi Hyaya por la parte de los tendales.*)

SIDI HYAYA

¡Alah os guarde, aunque bien veo
que sabéis guardaros bien!

CÁDIZ

Nos damos el parabién,
ya que prosigue el torneo.

SIDI

No está el sitiador tan mal
como se dice en la plaza.

GONZALO

Pues, de ser malo el Real,
¡ya estuviéramos en Baza!
— sírvele vino al Cadí —
Nos lo acaban de traer
dos recuas; y debe ser
que nos le traen para ti.
Bebe. . .

SIDI

Lo veda el Korán.

GONZALO

Por cortesía. . .

SIDI

Eso sí.

(*Bebe, mojando apenas los labios.*)

GONZALO

—Haz que separen, Gaytán,
dos cargas para el Cadí.

SIDI

Se te agradece.

GONZALO

No tal,
porque hay egoísmo en eso;
que están llenas con exceso
las bodegas del Real
y con tantas libaciones
van ébrios nuestros soldados;
tú les verás, a montones,
por los suelos derribados.

SIDI

(Con ironía, al de Cádiz.)

Maravíllome del modo
cómo podéis, capitán,
avituallaros de todo,

cuando esas sendas están
intransitables de lodo.

CÁDIZ

Milagros son de la mano
que, desde lejos, nos cuida.

SIDI

Mucho le debéis, cristiano.

GONZALO

Tanto, que es poco una vida.

SIDI

¿Y os guarda siempre?

GONZALO

Y es tal
que cuando un cerco anda mal,
para templar sus rigores,
cabalga y viene al real.

SIDI

¿Pues quién es?

GONZALO

—¡En pie, señores!

(*Lo hacen todos, con solemnidad.*)

La Reina.

(*Volviendo a acomodarse.*)

Ya está entendido
por qué, siendo tal la estrella,
su influjo tan grande ha sido:
¿milagros?, no; te han mentido;
¡nonadas son, para ella!

SIDI

Yo la vi, un día,

GONZALO

Tú ves
mal, si no cegaste luego.

SIDI

Tú me lo dirás, después
de saber si quedé ciego.

GONZALO

¿Qué?

SIDI

Fué en Ronda; hacía alarde
por ella, el campo cristiano;
yo estaba en Ronda; a la tarde
caía Ronda en su mano.
No fuí bueno para entrar,
de que la vi, en mi coraza;
me estuve a verla pasar,
quieto, a la entrada, en la plaza.
Traía la sien tocada
de unos moriscos crespones;
túnica blanca, bordada
de castillos y leones;
el cetro en la mano breve
y unos rizos que, al abrigo
de las tocas, en la nieve,
ponían manchas de trigo.
Regía blanca montura
con palafrén de mujer;
miróme, al pasar, sin ver,
desde su cabalgadura

y un viejo, medio santón,
descendiente de profetas,
viólo y dijo: «el corazón
te pasaron dos saetas,
moro de Ronda; y trabajo
con ellas vas a pasar:
¡rodando fuiste a parar
a lo más hondo del tajo»...
—Le he dicho al Rey que jamás,
yo vivo, le rendiría
mi ciudad; pues digo más,
porque muerto, todavía
la guardaré. Mis sabuesos
se irán, de sus cerraduras
a cegar las hendiduras
con el polvo de mis huesos.
Astuto es vuestro Señor,
cristianos, y el más dichoso
de los hombres en su amor;
yo soy astuto y celoso.
Tigre a tigre, en la partida
que hemos jugado los dos,
puso él su cetro y su Dios;
yo, el corazón y la vida.
¡Le aborrezco!

(*Exaltado y enardecido intenta seguir su camino hacia la vega.*)

Abridme paso,
que se enconan mis heridas
viendo estas cifras unidas
lanzarme insultos de raso
y entre él y yo no hay cuartel,
que el odio es santo en mi raza:
¡a Baza torno y en Baza
nos las tendremos yo y él!
—Decidle que en la batalla
quiero dejarle escalar
las crestas de la muralla
donde, cuando rompa a hablar,
con mi daga le responda,
¡sólo porque él es marido
de la mujer, que me ha herido
con dos saetas, en Ronda!

GONZALO

¡Basta!

SIDI

¿Quién grita?

GONZALO

¡Mejor
que en Baza se riñe aquí!

SIDI

¿Es a mí, cristiano?

GONZALO

¡A ti!

SIDI

¿Cómo me ofendes, traidor?

GONZALO

(*Avanzando un paso.*)
¿Cómo estás ébrio, Cadí?

CÁDIZ

(*A Gonzalo.*)
¿Qué intentas?

GONZALO

¡Matarle!

CÁDIZ

¿Y es
para tuyo, desacato
tamaño, ante mí?

GONZALO

Marqués,
de ello hablaremos después;
pero, primero, le mato.

(*A Sidi Hyaya.*)

— Ni en Ronda pudiste ver
lo que ciega porque es llama;
ni nombrándola mujer
se te alcanza de la dama;
ni la Reina de Castilla
se inclina, para mirar
las ortigas que al pasar
ponen veneno en su silla;
ni tolero tu querella

porque estés medio beodo,
¡ni con tu lengua de lodo
volverás a hablarnos de ella!

(*Desnuda su espada.*)

Esto dice este renglón
de fuego vivo; es razón
que lo borres, si te atreves;
mas para borrarlo, ¡debes
vaciarte el corazón!

(*Cuando van a venir a las manos, suena un griterío que progresivamente se va aproximando; los hombres del Real se acercan al fondo observando; Gonzalo y Sidi Hyaya permanecen frente a frente hasta que Gonzalo ataca.*)

VOCES

¡Por Isabel el Real!

SIDI

(*A Gonzalo.*)

¡Esperad!

NAVARRO

¿Saltó la mina?

AGUILAR

(*Con ansiedad.*)
¿Qué es, Gaytán?

GAYTÁN

Si no vi mal...
¡la Reina, que se avecina!

(*Tumulto en la escena donde todos pretenden separar a los combatientes.*)

GONZALO

(*Atacando.*)
Pues para que no la ofenda
ni una mirada en tus ojos
¡cubra tus párpados rojos
la sangre, como una venda!

VOCES

(*Casi en escena.*)
¡La Reina! ¡La Reina!

GONZALO

¡Y hasta
la eternidad no la ves!

AGUILAR

¡Detente, hermano!

(*Llega por el fondo la Reina con escaso acompañamiento de damas, caballeros y prelados.*)

SIDI

(*Viéndola.*)

¡Ella es!

ISABEL

(*Indignada del espectáculo que ofrece a sus ojos el Real, trata de imponerse, desde el primer momento, exclamando.*)

¡Tregua a la Reina!

(*Como los caballeros siguen combatiendo, ciega de justiciera indignación, avanza hasta sujetar el brazo del Capitán.*)

¿Qué? . . . ¡Basta!

GONZALO

¿Quién fué osado?

(*Viendo a la Reina.*)

— ¡Vos, aquí!

ISABEL

Para ver cómo atropella
tu espada a la ley y a mí.

GONZALO

(*Entregando su espada a la Reina.*)

Siempre con ella os serví.

ISABEL

Y hoy me maltratas con ella. —
Me echan del reino y desploman

mi cetro en él, castellano,
los vasallos que se toman
la justicia por su mano.

(*A Sidi Hyaya.*)

— Señor Alcaide, el caballo
requerid saliendo, ahora
que vísteis a un mal vasallo
golpear a su señora.
Decid a todos que hoy es
forzoso a Isabel llegar
con sus manos, a tomar
hierros que tiene a sus pies;
que su palabra leal
el Rey os tenía dada
para que una mala espada
quiebre el seguro real . . .
Pero decid que en Castilla
manda la ley y está escrito
que apenas surja el delito
forje su propia cuchilla:
con los brazos derribados
voy a tomar sobre mí
las faltas de mis soldados
para que veáis, Cadí,
que si honrados, quiero avara
para mí todo su honor,

¡culpables, mancha el rubor
de sus delitos mi cara!
Ya soy yo el reo y os digo
que me déis vuestro perdón . . .

(Intenta humillarse ante el moro; arrebatadamente corre Gonzalo a impedírselo.)

CONZALO

Reina, vuestra humillación . . .

ISABEL

(Irguiéndose.)
¡Súfrela, que es tu castigo!

GONZALO

¡Pudiérais, menos cruel,
contentaros con mi muerte!

ISABEL

Para fallos de esta suerte,
sois Gonzalo y yo Isabel.

SIDI

(*Altanero y resuelto.*)

Reina, el villano que osado
pretendió . . .

ISABEL

¿De quién habláis?

SIDI

¡Del mismo a quien castigáis!

ISABEL

Para vos, es mi soldado. —
¡Quedábame por oir
que la africana malicia
quisiera, en sus fallos, ir
más allá que mi justicia!
Ya me cortásteis la acción
tanto, que le vuelvo a dar
este hierro al cinturón
donde ha de haceros callar.

(*Acercándose a Don Alonso.*)

Tú eres su hermano mayor:
vino con su falta a mí,
dáselo tú, con tu honor;
y así no habrá habido aquí
sino una espada que pasa
del uno al otro Aguilar,
cosa que no han de extrañar
las espadas de tu casa.

AGUILAR

(*Conmovido, tomando la espada de manos de la Reina.*)

¡Gracias, señora!

ISABEL

(*Haciendo transición y sonriendo.*)

Ya estabas
que casi me maldecías;
pues tú, ¿cómo no parabas
su brazo, cuando podías?

AGUILAR

Mucho le forcé.

ISABEL

No mucho
si, a la postre, él pudo más.

AGUILAR

¿Qué águila vísteis jamás,
hacer fuerza a su aguilucho?

(*Mientras el de Aguilar devuelve la espada a su hermano, la Reina pregunta a Pedro Navarro, que malhumorado se dirige hacia los tendales:*)

ISABEL

Tú, ¿dónde vas, Zapador,
con tanta cara sombría?
Si ya acabó mi rigor,
¿va a ser el tuyo mayor
y durará todavía?

MAVARRO

Viéndoos al paso, empeñada
en restablecer la ley,

yo salía a dar al Rey
cuenta de vuestra llegada.

ISABEL

Pues dale cuenta cabal;
mas con alegre semblante,
que yo llego y, Dios mediante,
no ha de sentarle tan mal.

(Le vuelve la espalda secamente. Navarro sale por la izquierda. La Reina se encara con el de Cádiz.)

—Me han dicho que se han pactado
las treguas, para tratar:
decid, Marqués ¿qué han tratado?

CÁDIZ

Que el cerco vuelve a empezar.

ISABEL

¿Baza resiste?

CÁDIZ

Soplamos
en la ceniza; aún hay brasa
por lo visto, y lo aprobamos.

ISABEL

Pues si ya todo lo hablamos,
¿qué espera el moro en tu casa?

GONZALO

¡La venia, que vos le déis,
para salir del Real!

SIDI

¡Cadí soy de Baza, y quiero
con Doña Isabel tratar!
— Bien se me alcanza, señores,
con qué alegría voláis
para las batallas, cuando
tal lengua os manda luchar;
bien se me alcanza que el muro
de Baza huerto será
donde, ya no heridas, rosas
para sus plantas cojáis;
pero una sola venganza,
por mi vida, he de tomar.

(*A la Reina.*)

— Mía es la ciudad; yo solo
puedo hacer lo que no harán

ni tus lombardas sin fuego,
ni, diezmado, tu real;
tus mejores caballeros
no la pudieron ganar;
tu Rey, tomando acicates
de amor en tu volundad,
quebrantó en meses de asedio
su esperanza y no mi afán;
Medina-Baza es mi alma;
nadie la puede ganar;
su llave es ésta: ¡recíbela
de un moro que ha muerto ya!

(*Cae a los pies de la Reina tendiéndole en sus manos la llave de Baza.*)

GONZALO

¡No la recibáis, que importa
sus injurias castigar!

ISABEL

¡Sí, soy dama; importa y mucho,
pues la ofensa ha sido tal,
cerrar la mano y que entremos
a pólvora la ciudad!

¡Pero soy reina!... ¡venid
los Zapata y los Gaytán
a estarme cerca, a gritarme
cuando me veáis dudar,
que honrillas de dama ceden
a la púrpura real;
que soy madre y vuestra sangre
castellana importa más!
¡Yo acabo el cerco en que todos
os teníais que acabar!
¡Baza es vuestra y vuestra reina
se basta, para esperar
que el brazo de Dios la libre
de injurias de musulmán!

(*Rodeada de los soldados, en cuyos hombros se apoyó un momento, avanza hasta el Cadí, inmóvil y arrodillado. Toma la llave de Baza.*)

—Tú entiende que, siendo mía
por derecho tu ciudad,
ni tomo a ofrenda esta llave,
ni con ella has hecho más
que apartar nuestros castigos
de tu sangre y tu casal.

(*Un silencio solemne sucede a estas palabras. Besa*

el moro la mano de la Reina, que regiamente le tiende Isabel. En seguida, irguiéndose, va a salir; ciego, violento, sin ver, sin mirar.)

GONZALO

(*Saliéndole al paso.*)

¿Dónde es vuestro rumbo, Sidi?

SIDI

Donde peñas hagan más
que corazones; el tajo
de Ronda me acogerá.
¡Ya, ni empuñando tu pica,
con ella triturarás
mis huesos, que en lo profundo
del tajo blanquearán!...

(*Sale el moro. La Reina inclina su frente asumiendo toda la emoción trágica del momento. Luego, mirando a Gonzalo que se le acerca, dice*):

ISABEL

¿Por la reina habéis reñido
con el Alcaide?

GONZALO

Así fué.

ISABEL

Mi honor no quiero que esté
ni en lenguas, ni defendido.

GONZALO

Escuchando al musulmán,
pensamos que era mejor
mandarle callar.

ISABEL

Fué error;
¡no porfiéis, capitán!

NAVARRO

(*Llegando por los tendales.*)

¡El Rey espera!

ISABEL

Y yo espero
no ver más, en tiendas mías,
baratos de espaderías
como en casas de tablero;
la mejor razón, la ley,
Gonzalo; y pedidle a Dios
que de hoy más, nunca, por vos,
tenga que esperar el Rey.

(El capitán inclina, todavía confuso, su frente. Pedro Navarro sonríe. Sale la Reina con su acompañamiento. Quedarán en escena Gonzalo y Navarro, que le examina y espía, de lejos.)

GONZALO

(Dejándose caer abatido y desplomado en el sitio que antes ocupara, junto a la tienda.)

¡Quién tuviera como el moro
su tajo en Ronda!

NAVARRO

(*Acercándosele de improviso.*)

Señor,
yo seré mal zapador;
pero tu mina es de oro.

GONZALO

¿Qué dices y a qué intención?

NAVARRO

A que por lo que entreveo,
son las alas del halcón
pocas para tu deseo;
y a que tu espada, ha un instante,
cuando al Cadí amenazaba,
más que injurias, castigaba
rivalidades de amante.

GONZALO

(*Conteniéndole con el gesto.*)

Pues ten el labio, impostor,
si no quieres que mis manos

te libren del deshonor
de tomar rumbos villanos.

NAVARRO

¿Por qué en lo dicho mentí?

GONZALO

¡Porque mi alma, todavía,
—y es alma y además mía—
no osó decírmelo a mí!
—¡Sirvo a la Reina y la adoro!
pero ello, Pedro Navarro,
si en mí es verdad puesto en oro,
no lo es en ti dicho en barro;
cada vez que mi rodilla
doblo ante ella, como es ley,
sé adorarla más que el Rey
y un poco más que Castilla.
Si Dios encuentra que voy
contra sus leyes así,
no la hiciera tal o a mí
no me hiciera como soy;
pero ni yo he de olvidar,
porque es santa mi pasión,
ni es culpa mía no hallar,

por tierras que ande, otro altar,
donde clave el corazón!

NAVARRO

Yo no te envidio el tesoro
de tu altar... En ese escalo
triunfar, capitán, es malo;
quedar vencido es desdoro.

(*Suenan clarines y atabales, anunciando el saco.*)

GONZALO

¡Quién tuviera, como el moro,
su tajo en Ronda!

NAVARRO

Gonzalo,
nos llama a Baza el pregón;
¡vuelve a encerrar tu pasión
de tu pecho en lo profundo!

GONZALO

¡Sí, más por una razón!

la encierro en mi corazón
¡porque no cabe en el mundo!

(*Se reanuda el toque de clarines y salen ambos a reunirse con su gente.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Un rincón de la Alhambra. Una puerta que comunica con una torre. Ventana sobre la vega. A ambos lados salidas hacia los jardines y hacia lo exterior de la Alcazaba.

(*Al levantarse el telón la escena está un instante sola.*)

ZAPATA

(*Entrando por la puerta de la Torre, al Conde de Tendilla que viene de los jardines, por la derecha.*)

Señor conde de Tendilla,
guárdeos Dios.

TENDILLA

Y a ti te valga,
que bulles tanto estos días;
¿de dónde, alférez Zapata?

ZAPATA

De la torre en que, a estas horas,
me ordenan cambiar las lanzas
de la mora prisionera
que el Rey tan celoso guarda.
«Perdóneme Alah, si falto»,
como aún dicen en la plaza;
pero pienso que, de estar
Doña Isabel en Granada,
ni fuera cárcel la torre
de prisioneras moraimas,
ni el señor Rey Don Fernando
tan celoso las guardara.

TENDILLA

Casos como éste verás,
si antes no mueres, Zapata,
tantos al año lo menos,
como sean las campañas.
Lo trae el Rey de abolengo
de soldado; anda en batallas
desde los once y sacó
del campamento estas trazas.
La Reina celosa, a veces,

llegó a interponerse cauta;
pero ella sabe y sabemos
también nosotros, que el alma
del Rey no corre peligro
por estos juegos de cañas.
—¿Viste a la mora?

ZAPATA

Consigna
tenemos de no mirarla.
Pero yo os juro que tiene,
cuando por ventura canta
para olvidarse en la Torre,
tal vez embebida en lágrimas,
que hay días en que dos horas
me lleva el cambio de guardia.

TENDILLA

Que ello no te afronte; soy
viejo zorro, peino canas
y anoche, entre estos cipreses
del patio de Lindaraja,
me estuve las horas muertas
sólo porque ella cantaba;
que parecía que, unidos

en su voz, se desmandaran
para lo infinito, todos
los regatos de la Alhambra.

ZAPATA

De suerte que el señor Rey
por lo menos, no echa en falta
mientras está a reprimir
los disturbios de Granada,
las músicas que le hacía
Juan del Encina en su casa.

TENDILLA

(Meneando la cabeza, benévolo y malicioso a un tiempo.)

Por fortuna, hoy no podrán
llevarle el cuento las damas
ni, para tantos cuidados,
está la Reina en Granada.

NAVARRO

(Que oyó las últimas palabras, entrando por la izquierda.)

Ni vendrá.

TENDILLA

¿Tú ya penetras,
Navarro, hasta el porvenir?
¿Dices que no ha de venir?

NAVARRO

Ella lo ha dicho en sus letras.
La trae absorta su hazaña
de ovillar en una ley
todas las leyes de España.

TENDILLA

¿Su Alteza te ha escrito?

NAVARRO

Al Rey.

TENDILLA

¿Y el Rey te ha hablado?

NAVARRO

¿Os extraña?...
La casa del Rey, que tiene
un deudo suyo en el trono

de Nápoles, no se aviene
por más tiempo, al abandono
de aquel reino. Francia espera,
creyéndonos descuidados,
tomarnos la delantera;
y con treinta mil soldados
se ha puesto en la cordillera.
¡Diez mil nada más y un hombre,
quiere el Rey, para llevar
la guerra a Italia y cerrar
el paso a Francia, en su nombre!
Pero el que tenga que ser
capitán de esta campaña,
llevando a la grupa a España,
despacio se ha de escoger.
Dudoso el Rey y perplejo,
según es costumbre en él,
mandóle, ha tiempo, a Isabel
cartas pidiendo consejo;
contestó la Reina; y pues
ya habló de ello, fácil es,
gobernador, presumir
que no viajará, después
que se decidió a escribir.

TENDILLA

Así parece.

NAVARRO

Y así
piensa el Rey; quien, porque hablemos
del hombre y le aconsejemos,
nos manda venir aquí.

TENDILLA

¿Sois muchos?

NAVARRO

Los Aguilar,
los Ponce, yo; toda espada
que se acostumbró a triunfar
en las guerras de Granada.

TENDILLA

En sus cartas, Isabel
¿no indica algún nombre?

NAVARRO

Creo
que uno indica y su deseo
de que votemos por él.

TENDILLA

¿Quién es?

NAVARRO

La Reina no atiende
sino al pecho, en ocasiones;
y ésta es de las elecciones
en que el corazón la vende.

TENDILLA

¿Pues a quién nombra?, acabad.

NAVARRO

(*Afectando el mayor desdén.*)
A un Gonzalo Hernández, que es
capitán y cordobés.

TENDILLA

Mi sobrino.

NAVARRO

Perdonad,
si es vuestra sangre.

TENDILLA

(*Con señorío y sencillez.*)

Venís
por el monarca llamado
para fallar, y al estado
y no a mi sangre, servís,
Pero, esto aparte, después,
ante la Junta severa,
llamaréis al cordobés
Don Gonzalo Hernández, que es
más que un Gonzalo cualquiera.

ZAPATA

(*Radiante, extremoso y procurando molestar a Navarro.*)

Y esto aparte ¡vive Dios,
que a mí la elección es grata!

NAVARRO

(*Marcando su extrañeza de que el alférez intervenga en el diálogo.*)

¿Quién es este hombre?

ZAPATA

Zapata,
del mismo cuero que vos;
de casa de yunta y carro,
poca tierra y menos mieses;
como vos, Pedro Navarro,
de casa de montañeses;
en tierra de maragatos,
Zapata; y a todo andar
¡espuela, para rajar
la piel de vuestros zapatos!

TENDILLA

(*Interviniendo con autoridad.*)

Tente, alférez.

(*A Navarro.*)

—Y yo os fío
que al mediar entre los dos,
no es por librarle de vos,
mas por reclamarle mío.

(*A Zapata.*)

—Dentro de pocos instantes
una Junta va a empezar:
vuestro deber es montar
la guardia, con los infantes;
id, pues, alférez, con Dios
a cumplir vuestros deberes,
que no sabe estar sin vos
la cuesta de los Gomeres.
Y entended que porque quiero
daros que sentir primero,
no llevo a más el rigor
yo, vuestro gobernador,
vísperas de carcelero.

(*Se inclina Zapata y sale por la izquierda. Queda Tendilla viéndole alejarse. Luego, sonriente y con fina ironía, añade dirigiéndose a Navarro.*)

—Pensaba, mientras salía
tan contrito mi soldado
después de su gallardía,
que acaso en esto ha pensado
la Reina, cuando elegía.
Nunca a un pechero vi yo

salir por mi nombre, antaño,
como hoy Zapata, en su daño,
por el capitán salió.
Y es que el lucro del señor
extraño, de todos modos,
fué al siervo; pero el honor
del capitán es de todos.
Del pendón deshilachado
que ha de legar a sus nietos
mantiene los cabos prietos,
da un hilo a cada soldado.
Pues si el reino ha de llevar
con él, tan conjuntamente
quien vaya a Italia, a mostrar
cómo es por aquí la gente,
yo a dar la palabra mía
por Gonzalo estoy dispuesto. . .
Y acaso pensaba en esto
la Reina, cuando elegía.

NAVARRO

Si es vuestra sangre, ya os dije
que no me habré de oponer . . .

TENDILLA

¡No me acabáis de entender
— o no queréis — y me aflige!

AGUILAR

(*Que llega con el Marqués de Villena y el Marqués-Duque de Cádiz por la izquierda.*)

¿Dáis vuestra vénia?

TENDILLA

La ley
vosótros me habéis de dar;
que entrando, entráis a mandar.

GAYTÁN

(*Dentro, sonando un poco lejos, por la derecha.*)

¡El Rey!

NAVARRO

(*Saliendo al encuentro de los nobles.*)

Señores . . .

GAYTÁN

(En escena; precediendo al Rey que aparece en seguida por la derecha.)

¡El Rey!

(Los nobles, a quienes se reunen Tendilla y Navarro, se inclinan profundamente, y el Rey, afectando todavía mayor sencillez y llaneza de la que en él es habitual, les dice):

EL REY

¿No es mucho, mis caballeros,
que teniendo que escoger
un hombre, esté sin poder
lograrlo, meses enteros?
Pues es: no arredra ninguno
las dudas que se me ofrecen;
no puedo escoger a uno,
donde todos lo merecen.
Fué tan fecunda la escuela
de estas guerras de Granada,

que hizo en ellas cada espada
cuartel de cada rodela;
y para poder vencer
mis dudas y mis afanes,
necesitaba hoy tener
veinte Italias, que ofrecer
a otros tantos capitanes.
Lo sensible es que debemos
elegir pronto; la gloria
sujeta al tiempo tenemos
y tardará la victoria
lo que en la elección tardemos.
Lo primero que reclamo
de vosotros, es que uséis
de la franqueza que véis
siempre en vuestro Rey. Os llamo
más para oiros hablar
que para hablaros aquí.

AGUILAR

¿No escribió la Reina?

REY

Sí,

Don Alonso de Aguilar;
pero después de leer
su carta, quiero que habléis.

CÁDIZ

¿No aprobáis su parecer?...

REY

O espero que lo aprobéis.

NAVARRO

Yo no creo que Gonzalo
de Córdoba...

AGUILAR

¿Ya falláis?

REY

Es zapador: si os tardáis,
justo es que inicie el escalo.

CÁDIZ

(*A Navarro.*)

¿Decíais?...

NAVARRO

Que entiendo que otros,
más que Hernández son cabeza,
por ser de vieja nobleza.

CÁDIZ

¿Y vos, Rey?

REY

No: entre vosotros.

CÁDIZ

Yo entiendo que en su coraza,
como en propio escudo, están
los cuarteles de la raza;
yo le hice mi capitán
sólo por el alma en Baza.
Vieja nobleza es la mía;
y tanta en los años es
que por ser viejo marqués,
no he querido todavía
ser, en Arcos Duque nuevo;

pero de tal modo apruebo
su elección que, asegurada,
me arrancaría la espada
del cinto en donde la llevo
para ponerla en sus manos:
¡tanto espero de las mieses
que les siegue a los franceses
por los campos italianos!
— y es mi consejo.

REY

No tal,
no hagamos consejo; hablemos,
marqués, y así no pondremos
a la opinión un dogal
tan solemne. Si éste fuera,
como vos decís, Consejo,
ya Tendilla os presidiera.

TENDILLA

Grande honor; pero es por viejo,
con que no habrá quien lo quiera.

REY

Pues viejo y noble es hoy mucho,
según nos han dicho.

VILLENA

¡Es todo!

REY

Sois castellano, de modo
que con placer os escucho,
Marqués de Villena.

VILLENA

Un día
fué en Castilla la nobleza
sostén, amparo y firmeza
de toda la monarquía.

REY

El día de que habláis, ¿es
aquél en que el buen marqués
vuestro padre — a quien perdono —
abría el suelo a mis pies
para apartarme del trono?

VILLENA

Fué delito: mas por Dios
que es buen cargo a cuenta mía;
si pudo luchar con vos,

¡pensad qué fuerza tendría! . . .
La que después nos quitaron;
porque es lo cierto, caudillos,
que cuando los arrasaron,
¡a los nobles lapidaron
con piedra de sus castillos!

CÁDIZ

(*Irguiéndose, airado.*)

¡Yo fuí . . .

(*Conteniéndose; al Rey.*)

— Dáis venia, Señor?

REY

¿Para que habléis? Toda, os digo;
que aprendo a ser rey mejor,
si os oigo hablar como amigo.

CÁDIZ

(*A Villena.*)

Yo fuí de los mesnaderos
de antaño; vieja nobleza
como vos decís; cabeza
del tronco de los pecheros;

y recuerdo todavía
los tiempos en que, después
de nuestro propio interés,
nada a luchar nos movía;
y en que, hecho el reino al incierto
vaivén de nuestro cuchillo,
miraba el trono al castillo
por encima de un desierto.
Si hoy el castillo recibe
su fallo y ruina es doquiera,
no es por que el castillo muera;
mas porque el desierto vive;
la unión del reino ha engendrado
patria, sobre el trono; el fiero
cerco en Granada ha forjado
para el mundo almas de acero;
y al cabo, en cada pechero,
despunta un hombre: el soldado.
Por él, la fuerza no es nuestra;

(*Al Rey, con religioso respeto.*)

tampoco es vuestra, Señor;
¡es y será de la diestra
que sirva al reino mejor!
¡No la temáis: y en su abono
pensemos que nos va a dar

la patria, donde juntar
campiña, castillo y trono!

REY

(*Emocionado y haciendo lo que dice.*)

Rodrigo: si unos hachazos
que mandaba dar mi ley,
tu torre hicieron pedazos,
¡repárate en estos brazos
que honra en tus hombros el Rey!

(*Después de abrazar al Conde, y a un gesto agrio de Pedro Navarro, prosigue.*)

¿Decías, Navarro?...

NAVARRO

(*Con sarcasmo, ajeno por completo al entusiasmo de los demás y únicamente apoyado por el Marqués de Villena, que estará a su lado.*)

Espero,
pues nadie se opone en nada,
ver surgir al caballero,

para ceñirle la espada;
ni comprendo que antes no
viniera por el laurel.

REY

No quise citarle yo
para que hablaras tú de él.

NAVARRO

¡Engrandeced su persona,
que nadie se ha de oponer!
Pero creáis un poder
que hará sombra a la corona;
porque él va lejos, él debe
partir y dejáis que lleve
diez mil hombres en su abono:
¡veremos quién se le atreve
después que, en Nápoles, pruebe
que muelle asiento es un trono!

REY

(*Como para sí; entre el silencio general.*)

Sí.

NAVARRO

(*Cobrando alas.*)
¡Al tiempo, que allana plazos
trayendo el fallo supremo!

REY

Lo mismo que temes, temo;
pero no te doy mis brazos.
Os he mandado llamar
para mudarme el sentir;
pero no para escuchar
lo que estoy harto de oir
cada vez que entro a pensar;
— alas, no plomo, Navarro.

NAVARRO

No es mi oficio.

REY

Entonces, calla.

NAVARRO

Plomo asegura batalla.

REY

¡Metido en fuego; no en barro!
— ¿Tú qué dices, Aguilar?

AGUILAR

Tiempo hace que dí en callar,
dejando que hable su mano.

REY

Pero viniendo a pensar,
¿qué piensas de él?

AGUILAR

Es mi hermano.
Montilla un rincón de nada,
pero mío; mi fortuna,
corta, aunque baste a mi cuna;
a vos os debo mi espada;
mi alma, a Dios: pues a medida
que lo quisieron sus fueros
o que su gloria lo pida,
dí mi tierra y mis dineros,
¡daré mi espada y mi vida!

REY

(Que se deja ganar por la emoción, hasta estrechar la mano del viejo Aguilar, se refrena a sí mismo en seguida y dice friamente volviendo a su sitio.)

Señores, pues, fiel por fiel,
franco por franco, os lo digo;
vosotros estáis por él:

(Señalando a Pedro Navarro y dirigiéndose luego al último que nombra.)

éste y Villena, conmigo,
— pero no debéis cantar
victoria; si en mis apuros
os llamé para cambiar,
no somos los más seguros.

(A todos.)

— Hasta la noche; ahora tengo,
con las razones que oí,
razones que darme a mí. —
Para esta noche os retengo;

una cena entre soldados,
en la torre; en el discreto
silencio de estos collados
y unos cantos bien trovados,
si me guardáis el secreto.

(*Se inclinan los grandes; se inclina el Rey; va a salir y en este momento suenan los gritos de Gonzalo*).

GONZALO

¡Vive Dios, que me déis cuenta
del desacato!

REY

(*Deteniéndose.*)

¿Quién osa
mover la voz ante el Rey?

GONZALO

(*Entrando por la puerta que es camino de la Torre, airadísimo.*)

¡Gonzalo Hernández de Córdoba!

REY

¿Qué ocurre en la Alhambra, para
tal ruido?

GONZALO

Vuestra corona
pisotearon, señor.

REY

¿Dónde fué el hecho?

GONZALO

En las hojas
de un tratado que, por vos,
con Boabdil, cuando la toma,
firmó esta mano y verá
cumplido, si no la cortan.

REY

¿Quién hizo ofensa al Tratado?

GONZALO

Quien no tuvo en la memoria
que en él se pacta y promete

sacar de nuestras mazmorras
a los moros prisioneros
para que, en su lengua propia,
sus propios jueces les juzguen
por las leyes de Mahoma.

REY

¿Y a ésto hay quien falte?

GONZALO

El Tratado
Señor, los hechos lo borran;
que es prisionera en la torre
desmintiéndolo, una mora.

REY

Pueden ser cárceles tales
que al Tratado no se opongan.

GONZALO

Mandad que le abran la torre
si es prisionera; y si es otra
decidle a aquel cuya sea,

que enmiende el yerro y que sobran,
para cautivas de amor,
en Granada las mazmorras;
no en la Alhambra, donde estuvo
nuestra Reina; donde ahora
puede llegar; donde estando
vos, junto a vos va su sombra.

REY

¿Yo he de escucharte lecciones?

GONZALO

¡No vos, Alteza! Las oiga
tan sólo aquel, cuya sea
la prisionera o la moza.

REY

Si fuera yo...

GONZALO

¡Vos no sois!

REY

Puedo tener poderosas
razones para afirmarlo.

GONZALO

¡Razones a mí me sobran,
para negarlo!

REY

¿Por qué?

GONZALO

¡Señor el Rey, porque cosa
que ofender pueda a la Reina,
nunca fué de la corona!

REY

(*Con la transición que únicamente en él hace posible el constante dominio de sí mismo; a los grandes.*)

— ¿Véis, señores? Como este hombre
que está tan en tierra y toca
siempre a los astros, haciéndoles
con su penachada, sombra,
quisiera que fuesen todos

los hombres de mi corona.
Como esta mano ha de ser
la que conduzca mis tropas
a Italia.

(*A Gonzalo.*)

— Como ésta, digo
y es claro que ha de ser otra;
porque esta mano que es tanta
defensa de mi persona;
que tan a pulso un tratado
mantiene si no la cortan;
que se atreve a tanto, alzando
su lealtad sobre todas,
no irá a Italia. Está muy lejos
Italia y a mí me importa
tanto esta mano, señores,
que a riesgos de perder gloria,
¡siempre la quiero a mi lado,
para mi regia custodia!

(*Hay un silencio; Navarro exulta radiante; el Rey concluye.*)

— Da el sol de sí; todavía
recorreremos la sombra
de la alameda a placer,
mis grandes . . .

(*A Pedro Navarro.*)

— Navarro, apronta
tu caballo; cartas mías
quiero confiarte en postas.

(*A Gonzalo.*)

— Tú, queda en ésta, a dar fe
de que tu Rey hace pronta
la ejecución del tratado,
Gonzalo Hernández de Córdoba.

(*Salen por la derecha el Rey, Don Alonso de Aguilar, el Conde de Tendilla, el Marqués-Duque de Cádiz y el Marqués de Villena. Les deja paso Don Gonzalo. Quedan en escena él y Pedro Navarro.*)

NAVARRO

No váis a Italia.

GONZALO

Esta vez
pensando ofenderme, amigo,
me has hecho un bien; aunque es cierto

que, si no vengo en tu auxilio,
dando a mi Rey tales iras
que pude temer yo mismo,
sacarme de ésta no sabes;
iba a Italia: ahora, respiro.

NAVARRO

¿Pero no finges? Acaban
de degradarte; caudillo
para la guerra en Italia
por todos reconocido,
no te acepta el Rey ¿y exultas?

GONZALO

¡Soy feliz, Navarro amigo!...
La guerra en Italia — y pongo
que fuera yo su caudillo —
dura diez años, lo menos.
¡Diez años, sin ver los sitios
que son altar de su imagen!
Pensando en este suplicio,
señalándome los dedos
de todo el reino, he vivido,
Navarro, días enteros
llamando a la muerte a gritos;
pero tú me conocías

—tú sabes—y has acudido,
socapa de herirme, a hacer
lo posible en mi servicio;
bien hecho, mejor pensado,
digno el medio, el fin más digno,
¡Dios te bendiga, lo menos
tanto como yo le pido!

NAVARRO

(*Sarcasmo.*)

¿Vas a pintarme que avanza
tu amor, estrechando el sitio?

GONZALO

No necesita avanzar
lo que ya nació infinito.

NAVARRO

Y el día en que, otro que tú
traiga a la Reina su anillo
de soberana de Nápoles
¿qué es de ese amor infinito
que escondes avaramente?
—No vas a Italia.

GONZALO

¡La sirvo
mejor no yendo; que así
puedo consumirme vivo!

NAVARRO

No vas a Italia.

GONZALO

¡Así fuera
verdad!... Lo dudo.

NAVARRO

¡Lo afirmo,
capitán! Mandará el Rey
por las postas que me dijo,
su negativa a la Reina
que te elegía en su escrito.

GONZALO

¿También ella?... Huelga entonces
toda la labor que hicimos:

¡Voy a Italia sin remedio,
si Doña Isabel lo ha dicho!

(Cuando Gonzalo acaba de pronunciar estas palabras, aparece en la lateral izquierda, con dos hombres de armas, el alférez Zapata. Se hace a un lado, abriendo paso y disponiéndose a presentar la espada.)

NAVARRO

(Sorprendido, a Zapata.)

¿Quién llega?

(Entra Doña Isabel con breve acompañamiento de damas; el alférez y sus hombres presentan gravemente armas y vuelven a salir. La Reina, que oyó la pregunta de Navarro, dice a éste con graciosa ironía.)

ISABEL

Traigo sandalia
de casta de peregrinos
y llevo bien los caminos,

(A Gonzalo, después de una pausa.)

Señor capitán de Italia,
¿Qué cuentan los granadinos?

GONZALO

Pues llegáis sin avisar
no contarían, Señora,
conque les diérais ahora
la sorpresa de llegar.

(Navarro aprovecha solapadamente la distracción de la Reina para acercarse a la puerta de la torre, diciendo.)

NAVARRO

Corro a anunciaros.

ISABEL

Ninguno
me anuncie, Navarro: atrás.
No se diga que además
de sorprender, importuno.
De una posta prevenida

he oído que hablábais; pues
salid por la posta, que es
la más rápida salida.

(Sale Navarro, inclinándose.)

— Gonzalo, al verme llegar
como decís, por sorpresa,
no es que no venga a tramar
tal vez lo que os interesa;
y agradecédmelo bien:
que a fe que peor camino
no lo andará peregrino
que vaya a Jerusalem.

GONZALO

(Con solicitud.)

¿Fué duro?

(La Reina se habrá acomodado entre sus damas para tomar reposo y forman un grupo en la escena. La Marquesa de Moya está a su lado, en pie. También en pie y un poco más lejos, marcando respeto, el capitán.)

ISABEL

El sol calcinaba
las piedras; el aire entorno
pegándose al rostro, daba
la impresión de un molde de horno;
y como, al vernos venir,
salíanme a recibir
las gentes, en cada aldea,
mil veces creí morir
al paso de mi hacanea. . .
Al fin llegamos; y al fin
ciegas de sol, al llegar,
vinimos a descifrar
por qué, en el verde jardín
de su granadino aduar,
quiso el árabe colgar
el bordado camarín
de la Alhambra de Alhamar . . .
Que estos oscuros pasillos
para el corazón estrechos;
y estos delgados palillos
de mármol; y estos deshechos
grumos, que son como ovillos
de sombra en lugar de techos;
y en la pared, casi blonda,

las ventanas, casi fleco;
y el alicatado hueco
de picos de hoja, en la fronda,
todo es continuo trasiego
que hacen del sol, obligándole
a dar la luz; mas quitándole
la vestidura de fuego.
Por eso, en la sorda cueva
de los sótanos tranquilos,
va el agua metida en silos
como una cosecha nueva;
y refrescando la sombra
de arrayanes que la cerca,
véis agua en aquella alberca
tendida como una alfombra;
y agua entre mármoles, cuya
redonda copa de estanque
tiene ancho el caño, en su arranque,
porque a borbotones fluya;
pero da en tierra y apenas
da en ella, se abre y desgrana
en hilos que son las venas
del pecho de esta sultana;
y así, en un final trasiego
se esponja la luz; y esto es
vestirla de agua, después
de desnudarla de fuego.

La luz recogida y fría,
que era un sueño que él traía
de su desierto entre arenas,
la encerró el árabe un día
detrás de la crestería
de estas caladas almenas.
Y hoy en flor la he recogido
yo misma, al dejar el llano;
cuando su velo cernido
matando el sol que inhumano
daba en mis párpados rojos,
¡la Alhambra entera he sentido
combarse, como una mano
de mujer, sobre mis ojos!
¡Clara mano, cuya fina
palma de nardo y jazmín
se ahueca en el camarín
de mi Alhambra granadina:
Dios te dé vida, en los años
en que yo sea despojos,
para que aún tiendas tus paños
de sombra sobre mis ojos!
Y a cambio de los cendales
con que tamizas la luz
que se desploma a raudales
de mi zafiro andaluz,
Sultana de mis castillos,

¡plegue al cielo que, al trasluz
de tus dedos amarillos,
jamás se empañan los brillos
de las aspas de la cruz
que he puesto entre tus anillos!

(*Una emoción que no es dueña de contener, vela y rompe la voz de la Reina; sus damas la rodean casi arrodilladas y suspensas de lo que dice; Doña Isabel, como volviendo a la tierra, trata de hacer olvidar su propia emoción.*)

—Rompió el dique el hervidero
de la emoción, al hablar . . .

(*A Don Gonzalo.*)

—El agua templa el acero,
capitán y caballero
de la casa de Aguilar;
templarlo me visteis; pero
no me habéis visto llorar.

GONZALO

Así es, Señora . . . Aunque nada
puede extrañarle a esta espada

que ha visto lágrimas mías;
porque ella está bien templada,
pero tomar a Granada
no es para todos los días.

ISABEL

Si con la intención viniera
de entregaros mi bandera
para Italia ¿no podría
dictarle allí vuestra espada
su segunda parte al día
de la toma de Granada?
Pues no os traigo otra sorpresa,
capitán, ¿qué decís?

GONZALO

Digo
que es para vos poca empresa;
para mí, mucho castigo.

ISABEL

¿Castigo daros que hacer
donde habéis de prosperar?

GONZALO

Castigo, hacerme luchar
donde no os he de tener.

ISABEL

¡Pues avezados estáis,
los de mi tiempo a la gloria!

GONZALO

Pero es cuando vos mandáis
y en lo más arduo llegáis
para darnos la victoria.

ISABEL

Por eso una vez en que es
forzoso estar yo parada,
trabajará vuestra espada
lo que descansen mis pies.
Toda una vida de honor
me manda en vos que os prospere;
conque obedeced, señor,
y partid.

GONZALO

El Rey no quiere

ISABEL

Del Rey para mí, no han sido
necesarios mediadores
jamás; porque los mejores
no me llegan al oído;
acudid con vuestra espada
cuando os lo manden, hidalgo,
y no olvidéis que por algo
vino la Reina a Granada.

(*A sus damas, indicándoles la puerta que conduce a los jardines.*)

—Buscad, en tanto, a las llamas
del sol, un reparador
abrigo bajo esas ramas.

(*Da un paso hacia la puerta de la torre.*)

— Capitán, hacedme honor
acompañando a mis damas.

(*Y va a entrar.*)

GONZALO

(*Sin poder contenerse; casi cerrándole el paso.*)

¿Dónde váis?

ISABEL

(*Con dignidad.*)

¿De quién, a mí,
tal pregunta?

GONZALO

Perdonad;
y que os anuncie dejad
al Rey.

REY

(*Llegando por los jardines, secamente, y dominando la situación desde el principio.*)

El Rey está aquí.

(*Después de saludar a las damas con una fría inclina-*

ción de cabeza, permanece inmóvil, sin un gesto y sin avanzar un paso, dando a entender que espera que el cortejo se retire. A una señal de la Reina, salen las damas hacia los jardines. Don Gonzalo sale acompañándolas. Quedan solos el Rey y la Reina.)

—¿De cuándo, las Isabeles
que son reinas castellanas
vienen como los infieles
viajando por caravanas?

ISABEL

Desde que el Rey su favor
no quiere otorgarme ya.
Decidme: ¿a Italia, quién va?

REY

Tal vez yo mismo.

ISABEL

Señor...

REY

Tal vez Felipe y con él
mi consuegro el Imperial;
o tal vez, por Isabel
nuestra hija, el de Portugal
nos ganará este laurel.
Ahora véis por qué, en prolijas
componendas de personas,
allegué tantas coronas.

ISABEL

Pagasteis caro... ¡con hijas!
—Ved que cual sombras seremos
si a nuestro pueblo, Señor,
nuestro aliado no hacemos;
al cabo, ya no tenemos
otro heredero mejor.
Y si en su pueblo Isabel
mantiene sus ojos fijos,
no queráis hacer con él
como con los otros hijos.
No busquemos gente extraña
para encarnar nuestro afán,
¡dad la espada al capitán
y usad el brazo de España!

REY

Lavantamos un poder
que, con el tiempo en su abono,
sobre el trono habéis de ver.

ISABEL

¡Así tendrá que crecer
para rebasarlo, el trono!

REY

Navarro os conoce bien,
que previó vuestro consejo. . .

ISABEL

Ese es un poder también;
pero, como el mal, muy viejo.
Y aun creo que, en su perfidia,
veo a Gonzalo mejor;
porque el valor del valor
lo da, en su sombra, la envidia.
¡Vos mismo entre sus espinas
dejasteis vuestros vellones!

que, para ensayar sus minas,
busca fuertes torreones.
Ya hace tiempo... Este Navarro
debió abrigar la esperanza
de darle un día a su carro
las sendas de la privanza;
y por ganar mi favor
no le detuvo el destrozo
ni halló camino mejor
que insinuarme delator
vuestras fortunas de mozo.
Se hablaba de bastardías
que es doctrina al parecer,
muy suya y, queriendo arder
leña vuestra en llamas mías,
Navarro fué, en su ambición,
el primero que me dijo
que era vuestro, vuestro hijo
Don Alonso de Aragón.

REY

¿Sufristeis?

ISABEL

Como jamás
he vuelto a sufrir tal vez.

REY

Él fué cruel; y yo más.

ISABEL

¡Y era la primera vez!
— Cuando hoy topé, en el dintel,
con Navarro, aún he sentido
no sé qué amenaza en él,
de un daño desconocido.
Mi pecho. . .

(*En la paz de la puesta, una voz de mujer, primero dulcísima y tenue, engrosándose después, se diluye, hasta crear la situación que sigue.*)

— ¿Cantan, Señor?

(*Se detiene para escuchar.*)

¿Y es en mi Alhambra?

REY

(*Afectando indiferencia.*)

A la orilla
del Darro, suena el rumor;

cantando harán su labor
las esclavas de Tendilla.

ISABEL

La voz es una.

REY

Por tanto,
será una esclava.

ISABEL

Escuchemos...

REY

(*Tratando de interesarla.*)

¿Decís que a Italia enviemos?...

ISABEL

(*Mirándole fijamente, con recelo.*)

¡Dentro, en la torre, es el canto!

UNA VOZ DE MUJER

(*Cantando.*)

«Sí me era moraima, mora,
«¡maldígate Alah, el Rumí!
«¿por qué te olvidas así
«de mi corazón que llora?»

ISABEL

¡Qué dulce melancolía
de voz! . . . ¿oísteis, señor?

REY

(*Como antes; pero sin lograr distraer de sus recelos a la Reina.*)

No escuchaba. . .

ISABEL

Se diría
que era una queja de amor.

(*Con intención y acusando casi; acercándose al Rey.*)

—¿Loraréis luego, al oír
la misma voz junto a vos?

REY

¿Queréis decir?...

ISABEL

¡No, por Dios,
que no lo quiero decir!

REY

¿Pues qué os anuncia el cantar?

ISABEL

¡Que ya sé por dónde mata
la saeta que al entrar
quiso Navarro ocultar!

(*Amenazante y dirigiéndose a la derecha.*)

— ¡No, Rey!

(*Llamando.*)

¡Beatriz!

REY

(*Tranquilo aparentemente, responde al gesto de la Reina llamando, a su vez, desde la izquierda.*)

¡Zapata!

BEATRIZ

(*A la Reina, llegando, y con interés al notar su emoción.*)

¿Mandáis?

ISABEL

Entra en casa, corre
Beatriz, sin perder momento,
¡y dispón sitio, en la Torre,
para mi aposentamiento!

(*Sobrevino Zapata, que se acerca al Rey, esperando sus órdenes.*)

REY

(*En el más natural de los tonos, afectando mayor tranquilidad y levantando menos la voz a medida que crece la exaltación de la Reina, a Zapata.*)

Mientras que vida tengáis
no ha de entrar persona viva
en la Torre en que guardáis
a la rebelde cautiva.

ISABEL

(*A Beatriz.*)

¡Lo que te ordeno has de hacer
sin detenerte a pensar!

REY

(*A Zapata, obligándole a adelantarse a Beatriz.*)

Lo que acabo de mandar
contra todos ha de ser.

ISABEL

¡Veamos si contra mí!

ZAPATA

(*Vacilando al ver que avanza la Reina.*)

Alteza...

ISABEL

¡Hablando me honráis;
pero haciendo me injuriáis!
¡yo entro en la Torre!

REY

(*Apartando a Zapata y dejando el paso franco; con intención.*)

¡Vos, sí!
— si osáis descender a tanto.

(*Al recordarle las palabras del Rey lo humillante de su acción, vacila la Reina; el corazón se sobrepone y resolviéndose, va a salir.*)

ISABEL

¡Paso a la Reina!

GONZALO

(*Abriendo la puerta de la torre y presentándose con la espada desnuda en la mano.*)

Señora,
¿qué fango dabais ahora
a los armiños del manto?

ISABEL

(*Fuera de sí.*)

¡Paso, os digo!

GONZALO

(*Pálido y grave, casi sin entonaciones en la voz, como si en cada palabra bebiera una muerte.*)

La orden dada
no espera que vos lleguéis

para cumplirla, mi espada;
libre la torre tenéis;

(*A Zapata.*)

vos la guardia amordazada;
la distancia era tan poca
que íbais a oirles gritar
y a todos les tiré a dar
la cuchillada en la boca.

(*A la Reina, otra vez.*)

—Ya no os afronta llegando
la prisionera; que ya
con todas sus fuerzas va
por el Albaicín trepando.

ISABEL

(*Al Rey.*)

¿Luego, era cierto?

GONZALO

(*Atajando al Rey que va a responder.*)

El respeto
me estuvo haciendo callar;

pero ahora os vengo a librar
Rey, de guardarme el secreto.
Callad para honraros; no
para que os culpen por mí.

ISABEL

¿Por vos, Don Gonzalo?

GONZALO

Sí,
Reina.

ISABEL

¿El culpable?...

GONZALO

Soy yo.

ISABEL

¡Vos! ¡y dicen que lleváis,
con tal fe de buen soldado,
tanta honra por donde váis

que una hija, en quien adoráis,
no sale de vuestro lado!
¡no le escatimáis afanes!. . .
¿Y así respetan mis leyes,
que hoy hacen mis capitanes,
burdel, para sus desmanes,
de la Casa de sus reyes?
¿Vos pudisteis?. . .

GONZALO

Yo he podido,
montando la centinela,
darle al mosaico bruñido
fango que traje prendido
de los picos de la espuela
y es mancha, Doña Isabel:
¡pero améngüela mi acción
de arrancarme el corazón
para taparla con él!

ISABEL

(*Grave y dolorida.*)

Salid.

GONZALO

¿Dónde es mi castigo,
Alteza?

ISABEL

Donde no os vea.

(Don Gonzalo va a salir por la izquierda; el Rey, con el arranque de nobleza que en él se sobrepone al légamo habitual, le ataja, diciéndole.)

REY

Dice la Reina; y yo os digo,
pues calló el sitio, ¡que sea
delante del enemigo!
¡Váis a Italia! El nombramiento
con su perdón soberano
dejo a la Reina en su mano
y partiréis al momento;
porque mejor o peor
serás para ti Gonzalo;
pero en ser de nuestro honor
escudo y amparador
¡desde hoy, con nadie te igualo!

(Salen Gonzalo y Zapata por la izquierda; la Reina dice a Doña Beatriz.)

ISABEL

¡Que haya villanía en todo
lo de este mundo!

BEATRIZ

No, Alteza;
donde hubo siempre grandeza
¿qué importa un poco de lodo?

REY

(*Que regresa de acompañar a Gonzalo hasta la lateral, entregando a la Reina el nombramiento.*)

La gente está prevenida,
la armada en Málaga espera
y él es quien es; de manera
que empieza bien la partida.

ISABEL

(*Después de una pausa en que recorre el pergamino con los ojos.*)

¿No escribís su nombre?

REY

(Volviendo a sus preocupaciones y recelos de político de su tiempo, desde que deja el pergamino en manos de la Reina.)

Vos
debéis ponerlo en el pliego
y uno por otro, los dos
quedamos más libres luego.

(Va a salir por la derecha y retrocede para agregar.)

Aunque a Navarro he de hacer
su segundo en la campaña
y es un modo de tener
mano sobre él desde España.
Del Capitán, no recelo
por ser él poco; al revés:
le pongo plomo en los pies
para recortarle el vuelo.
Ya diré a Navarro el modo
cómo ha de llevar la empresa . . .

(Sale caviloso, por los jardines. Beatriz, que partió hace un instante, a un sig-

no de la Reina, vuelve con pluma y tintero en una azafata. La Reina, tomando la pluma, le dice al salir el Rey.)

ISABEL

¡Que haya villanía en todo
lo de este mundo, marquesa!

(*Lentamente escribe un nombre en el pliego; levanta los ojos y dice a Beatriz.*)

Llamadle.

(*Sale Beatriz por la izquierda; la Reina permanece pensativa. Entra Gonzalo. Entregándole el pliego, la Reina dice:*)

Váis a partir
para Italia, capitán.

GONZALO

Partiré a Italia, ya que es
el castigo que me dáis.

ISABEL

Y bien podéis al marcharos
no volver la vista atrás;
que donde os soñaron otro
querrán al de hoy olvidar.
Cuando nos traigáis las llaves
de Italia, podréis tornar;
y es tan imposible empeño
que no espero lo cumpláis.

GONZALO

¿Por qué tanto odio, Señora?

ISABEL

¿Por qué tanta crueldad,
que érais grande y cuando vine
para que lo fuérais más,
como tantos, la carcoma
me deshacía este altar?
Yo os ví crecer a mi lado
en honra y virtudes tal,
que, siendo Reina, a mis ojos
érais Castilla con más

resplandor y Andalucía
labrada en piedra sillar.
Ganóme vuestra manera
de recoger el rendal
del potro, al tiempo que entrabais
la espuela por el ijar;
y os tomé al paso este modo
de osar sin aventurar,
sello vuestro, pluma en hierro,
bravura con igualdad,
que os dió Córdoba romana,
labradora y militar.
Pasara, en otros, bajezas;
no en vos; porque os quise tal
como la obra de mis manos
en este mundo, al reinar;
mi aliento puesto en acero
y empuñando espada; más:
ejemplo de los vasallos
de Isabel; más: Aguilar
de alma y cuerpo; más ¡mi España
con banda de capitán!
Pues cuando, formada en vos,
mi España, empezando a andar,
yo iba a gritarle a la tierra:
«¡vedla como es, en él va!»
ruin soldado, mal vasallo,

peor hombre, me dejáis
con vuestras pisadas, fango
de mi casa en el umbral.
No me arredra vuestro amor
por la africana; ví más,
reformando, en esas casas
de Dios, y no os quiero Abad;
pero la ausencia que hicisteis
de la Reina, capitán;
ver que llego adonde llegue
con el manto nada más,
ver que no estoy en las almas,
puesto que, yo ausente, osáis
amancebarme una torre
que era mi tienda real,
sobre torpeza, Gonzalo,
yo os juro que es crueldad;
sobre crueldad, injuria
que no os quiero perdonar.

GONZALO

Yo lo enmendaré, Señora,
si es eso sólo.

IEABEL

¿Qué más
queréis? Una espina basta

para anunciarme un zarzal.
Todo lo demás del mundo
ya me falló; no es metal
para la cruz de mi espada;
con que sin ella estoy ya.

GONZALO

Señora y Reina, al partir,
como a los pies de un altar
se pide gracia, yo os pido
que repetirme queráis
sólo dos cosas: la una,
que en mí culpáis nada más
esta injuria de esta tarde;
la otra, que regresar
podré, de Italia, trayendo
su cetro atado al rendal.

ISABEL

Un imposible....

GONZALO

Para ellos
nació vuestro capitán.

ISABEL

Pues las dos cosas repito.

(Deja una pausa; transición.)

GONZALO

—¿Debo partir?

ISABEL

Sin dejar
que pase instante; mis lanzas
en el Alcazaba están.

GONZALO

¿La armada?

ISABEL

En Málaga espera.—

(Y le tiende rígida, la mano.)

GONZALO

¡No, mi Reina, no queráis,
siendo yo todo una herida,

que os deje mancha al besar!
¡Mi aliento baste a besaros;
y aun, para empeño tal,
concédame Dios que aliente
con el alma nada más!

(*Va a salir; la Reina añade.*)

ISABEL

Señor capitán Gonzalo,
decidme: ¿a Italia os lleváis
vuestra hija?

GONZALO

Al corazón
algo le tengo que dar...

ISABEL

Pues yo por ella os conjuro,
que no bastaría ya
decir «por la Reina», a que
perpetuamente seáis
el de Ronda, Alora y Málaga
y Granada y mi Real...
Decidle que, hablando de ella,

casi me visteis llorar;
y decidle que estas manos
que os quiero dar cuando os váis,
¡por ella os las doy y que ella
me las tiene que guardar!

(*Tiende las manos otra vez a Gonzalo; éste se inclina y las besa.*)

GONZALO

¿Hasta el regreso?

ISABEL

Hasta nunca,
si mi mandato acatáis.

GONZALO

¡Que el cielo os guarde, Isabel!

ISABEL

¡Dios que os lleve, capitán!...

(*Sale Don Gonzalo por la izquierda. La Reina se deja desplomar en el asiento de*

antes. Precipitadamente, llega por la puerta de la torre, Beatriz, la Marquesa de Moya.)

BEATRIZ

¡Señora! . . .

ISABEL

¡Déjame!

BEATRIZ

¡Tengo
que hablaros!

ISABEL

¡Déjame, digo!,
sufro y parece que todo
se derrumbe en torno mío.
¿Pasa algo horrible? . . . habla entonces;
si pasa algo horrible, dilo;
porque es fuerza que algo explique
mi afán.

BEATRIZ

Habéis cometido,
Señora, error de justicia
dando al capitán castigo.

ISABEL

¿Sí?, ¡vuelve a decirlo!, ¡injúriame,
ya que fuí necia!, ¡repítelo!

BEATRIZ

Señora, fué error...

ISABEL

Así...

BEATRIZ

Pero es horrible...

ISABEL

¡Así mismo
lo necesito: habla, acaba!

BEATRIZ

Señora, el Rey... — yo os lo digo
porque es fuerza; no me oigáis —
castigásteis al caudillo,
pero es el Rey el culpable.

ISABEL

¿Quién lo dice?

BEATRIZ

Quien le ha visto
con la cautiva en la torre;
los grandes y sus amigos;
Tendilla, que a nadie abriera,
del Rey abajo, el castillo;
¡las lanzas mismas que, cuando
hubieran reconocido
derecho en Gonzalo, jamás
le cerraran el camino!

ISABEL

¡Oh!..., ¡llamad al capitán!,
¡pronto; llamad!..., ¡no!, ¿qué os digo?,

¿qué pienso, si pienso; y cómo,
si quiero morirme, vivo?
Me ofenden, ¿y no me alcanza?,
tengo que llorar, ¿y río?,
¿qué pasa en mí?... Murió loca
mi madre..., ¿habré recibido
su vena y hoy es el día
que se entra a saco en mi juicio?

BEATRIZ

(*Sin comprender y procurando apaciguarla.*)

El Rey os quiere, aunque olvide...

ISABEL

¡No es eso!...

BEATRIZ

Un vasallo digno
recobráis.

ISABEL

¡Si es más!

BEATRIZ

Un hombre
de quien saber un delito
rompe la fe, no es culpable.

ISABEL

¡Si es más, Beatriz!, ¡si olvido
que me ofenden, porque dentro
del corazón, un martillo
bate unos golpes tan recios
que, en lo más hondo, abre sitio
donde el que no debe arraigue!
¡si es que le quiero!

(*Su mano golpea sus labios como para borrar lo que han dicho.*)

¿has oído?
¡no, no has oído! No pude,
si lo dije, haberlo dicho . . .
¡Fango en todo!, ¡hasta en mí, fango!
¡Exulta, mundo: has vencido!
— Tu mano amiga, Beatriz,
me sostenga en el peligro . . .

¡No; no tu mano: mi manto
de leones y castillos!
¡Metida en garras y piedras,
los zarpazos y el granito
castiguen un corazón
que osó más que mi albedrío!

(*Beatriz le entrega su manto real, bordado de castillos y leones: ahora, rompen en la Alcazaba cercana, los clarines que anuncian la partida de Gonzalo. La Reina cubriéndose con su manto, como para defenderse en él, prosigue:*)

¡Mis estandartes a Italia!
¡Capitán, abrid camino!
Si alguien os llama, ¡es la gloria!,
¡denme el cetro, y rayo frío
será en mi puño de mármol! . . .
— ¡Ruín corazón, a tu sitio!

(*Actitud.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Una sala en las habitaciones de la Reina, en el Alcázar de Segovia.

(*Hay una mesa con lo necesario para escribir, y Pedro Mártir, maestro de gramática de la Reina, estará cortando y preparando las plumas para la lección. Entra el Rey.*)

PEDRO MÁRTIR

(*Al verle.*)

Alteza . . .

REY

¿Sois vos
el maestro de latín
de la Reina?

MÁRTIR

(*Exagerando la inclinación.*)

Y servidor
de vuestra Alteza hasta el fin.

REY

¿La Reina vendrá?

MÁRTIR

La espero
para la lección del día.

REY

Lo sé.

MÁRTIR

¿Queréis, señoría,
que vuele en su busca?

REY

Quiero.

(*Va a salir Pedro Mártir y el Rey le retiene.*)

— ¿No sois, además, cronista,
Pedro Mártir?

MÁRTIR

¿Qué mandáis?

REY

Que cuando a tratar vengáis
de Italia y de su conquista,
digáis que el lugarteniente
que allí mandarse debía
lo escogió el Rey mismo un día
— y se arrepintió el siguiente.

MÁRTIR

¿Qué más, señor?

REY

Nada más. —
Y aun lo que te he dicho aquí
lo he dicho porque jamás
ha de entenderse por mí.

MÁRTIR

(*Dándoselas de malicioso.*)
¿Receláis que el Garellano
venga a atajar su carrera?

Cierto: allí el suelo es doquiera
barrizal y agua en pantano;
del otro lado del río
Francia está en alto; de modo
que el sitio da a Francia todo
lo que no le da su brío:
¡pero él pasará y es mano
temible en la represalia!

REY

Pues si pasa el Garellano
Gonzalo, es dueño de Italia.

MÁRTIR

Que es serlo vos.

REY

(*Con inefable ironía.*)
¡Cabalmente!
Cala tan hondo tu vista,
que así me entienda la gente
tanto como mi cronista.

MÁRTIR

Pues antes...

REY

Fingiendo estuve
para probarte en tu fe.
¡No hay gracias que a Dios no dé
por el acierto que tuve
cuando al Capitán nombré!

(*Vuelve la espalda al cronista. Pedro Mártir da unos pasos. Llegan, por el fondo, Doña Beatriz y Doña Mencía, acompañando a la Reina. El cronista anuncia.*)

MÁRTIR

¡La Reina!

(*El Rey le sale al encuentro.*)

ISABEL

(*Sonriendo, al verle.*)

¿Vos, mi señor,
con gramáticos latinos?
¿qué nuevas me traéis por
tan impensados caminos?

REY

Traigo bueno y traigo malo;
pero es empresa importante.

MÁRTIR

(Con alborozo ingenuo.)

Del capitán Don Gonzalo.

REY

(Callando al cronista con una mirada furibunda y fría.)

De Colón, nuestro Almirante.

ISABEL

(A Pedro Mártir.)

Hoy no estudio.

MÁRTIR

Es por demás
justo.

ISABEL

Y mañana perfecto
mi trabajo encontrarás.

MÁRTIR

¡Bien le caerá un día más
al complemento indirecto!

ISABEL

(*A sus damas, mientras Mártir se inclina y sale por el fondo.*)

—Lo mismo entended; tampoco
tengo nada que mandaros.

(*Las damas saludan también y se retiran. Al quedar solos, la Reina dice a Don Fernando.*)

—Soy toda para escucharos,
si sois para oirme un poco.

REY

(*Después de una pausa y emprendiendo, como siempre un rodeo para llegar a su fin.*)

Nuestro Cristóbal Colón
fué siempre extremo, de modo

que no hay posible acomodo
con su terca obstinación;
las alas con que pasea
sobre el agua a tanto vuelo,
las arrastra y pisotea
Señora, llegando al suelo;
y en la última rebelión
de sus colonos, son de ellos
la justicia y la razón;
de Colón, los atropellos.

ISABEL

Mal será que no se hallen
disculpas como otras veces;
dejad que los jueces fallen.

REY

Reina, fallaron los jueces.

ISABEL

(*Sorprendida y airada.*)
¿Sin contar conmigo?

REY

¿Cuándo
nuestra justicia, en los reyes
puso mira, y no en las leyes?

ISABEL

Cuando no hay ley, Don Fernando.
Cuando su espada es falible
de tal manera al fallar
que, hecho, pretende juzgar
lo que antes creyó imposible.
¡Crezca lo nuevo, y traerá
consigo mismo su ley!
¿Con los colonos está
la razón? Con el Virrey
está él mismo; y es rotundo
tal peso en tal ocasión,
¡porque él ya nos trajo un Mundo
desmintiendo a la razón!

REY

Sus jueces le han encontrado
tan en culpa al parecer,
que a Colón mandan volver. . .

ISABEL

¿A Castilla?

REY

Encadenado.

ISABEL

¡Pues a mí me encadenáis,
por Dios vivo! Y no creáis
que lo tomo a humillación,
¡que con cadenas me honráis,
ya que las lleva Colón!
¿Reo, el Almirante?... Quiero
callarme, no darle mano,
dejar sólo al prisionero:
¡buscadle! ¿qué carcelero
le encuentra en el Océano?
¡si él, cabalgando en su Atlante
vino a quedar tan distante
que sus jueces no le llegan!
¡por esos mares, navegan
sólo Dios y mi Almirante!

REY

Seis carabelas salieron
tras él, a probar fortuna.

ISABEL

Tres nada más se le dieron
cuando os trajo un mundo en una.

REY

Pero la Ley. . .

ISABEL

Quiero ver,
cuando mi viejo Almirante
manos con grillos levante
a mis ojos de mujer,
para llorar sus agravios,
qué llantos me bastarán;
¡qué frentes resistirán
la maldición de mis labios!

(Una pausa.)

— ¡No!

(Se acerca a la mesa y escribe en un papel.)

— ¿Me dejáis disponer
de una sola carabela?

REY

(Como sin dar importancia a lo que dice; pero aprovechando la ocasión.)

Una nos queda. Iba a hacer
rumbo a Italia a toda vela.

ISABEL

(*Sigue escribiendo.*)

No irá a Italia.

REY

(*Inclinándose.*)

Vos mandáis.

ISABEL

(*Acercándose al Rey y tendiéndole el escrito.*)

Vaya a las Indias y lleve
mi carta a Colón.

(*El Rey, aunque dueño de sí, tiene en los ojos un relámpago de sastisfacción, al tomar el escrito de la Reina.*)

REY

¿Le habláis?...

ISABEL

Como a quien tanto se debe.
Leed vos mismo.

REY

(*Lee en el más natural de los tonos.*)

«He de honraros
por lo menos, como vos
nos honráis; le pido a Dios
que no deje de guardaros;
como alguien que os quiere mal
busca llevaros a extremos,
venid a España; hablaremos
siquiera de igual a igual.
Vuestra palabra, en el fiero
tumulto de este hervidero
venga a darnos el nivel:
os lo mando y — os espero —
Yo, vuestra Reina, Isabel.»

ISABEL

¡Y hable el virrey!, que si hubiere
falta, todavía cuento
con que el rigor no prospere
sobre el agradecimiento.
Si hubiere delito, y es,
como pretenden, bastante,

¡los jueces verán después
qué hacen, teniendo a sus pies
la Reina y el Almirante!

REY

(*Afectando librarse de un gran peso.*)

Sois extrema y no hay con vos
duda que se haga forzosa.

ISABEL

Rey Don Fernando, no hay cosa
que no esté en manos de Dios.

REY

(*Siguiendo el hilo de sus cálculos.*)

Tan sólo, en esto, me aflige
la nave que he de emplear;
pronta estaba a darse al mar
para Italia, como os dije.
No se cansa de pedir
desde Italia, el Capitán;
bien los dineros se van;
sólo tardan en venir
los reinos que nos valdrán.

ISABEL

¡Sí es que desde estos solares
pusimos mano a la hazaña
de darle al carro de España
las dos ruedas de dos mares!
Tened paciencia, que es tal
mi fe, que iremos a tanto
por más que tire el zarzal
de los armiños del manto.

REY

Yo os digo que en cada rueda
se agotan muchos hogares. . .

ISABEL

¡Son agujeros dos mares
que tragan mucha moneda!
— Ya os darán perlas.

REY

(Al improviso; sin dejar a la Reina tiempo de prever el ataque.)

¿Por qué
no llamáis al Capitán?
— que él venga y cuentas nos dé.

ISABEL

¡Porque, donde tengo fe,
no quiero tomarme afán!

REY

Ya lleva en el Garellano
tres meses.

ISABEL

Por eso hablaba
de fe; que la fe sobraba
con la victoria en la mano.
Y aún no sabemos. . .

REY

Sabemos
que Don Gonzalo es allí
más rey de lo que podemos
serlo nosotros aquí;
hace a su antojo y su modo:
lleva su plan y lo calla. . .

ISABEL

¿Sabéis de un plan de batalla
mejor, que triunfar en todo?

REY

Como aleja a los demás,
apoyándose en su sola
tropa de gente española,
pierde el tiempo.

ISABEL

¿Perdió más
de hora y media en Ceriñola?

REY

Del botín hace almoneda
que reparte a sus soldados;
regala villas, condados. . .

ISABEL

Pero entonces ¿qué se queda?

REY

¡El cetro, que no es guijarro
del camino!

ISABEL

Acusación . . .

REY

¡Que sostiene y con razón
el Conde Pedro Navarro!

ISABEL

¿El Conde? ya estoy confusa
de mi defensa y me allano:
cuando hace conde a un villano
de las mercedes abusa.

REY

Por tanto, Reina, debéis
llamarle.

ISABEL

¿Sin más razón
que la torpe acusación
de Navarro?

REY

Vos la oiréis.

ISABEL

¿Navarro está aquí?

REY

Cumpliendo
mis órdenes. Fué enviado
para acusarle, volviendo
cuando le viera culpado.

ISABEL

¿Culpa, en el Gran Capitán?

REY

Y tal, que no la perdono.
No llevó a Italia otro afán
que arrebatarme aquel trono.

ISABEL

¡Miente Navarro!

REY

Tal vez.
Por eso, para fallar
si miente o no al acusar,
debéis oirle y ser juez.

ISABEL

¡Oidle vos, que de un día
que le escuchara, señor,
yo conservo todavía
la cicatriz y el dolor!
(*Va a salir, por el fondo*).

REY

¿Me dejáis?

ISABEL

(*Revolviéndose.*)
Porque no quiero
quedándome, verle entrar
donde, hasta hoy, para reinar,
¡no toleramos tercero!

REY

Debéis recibirle.

ISABEL

Rey:
bien que mal, mediante Dios,
hasta hoy tuvimos los dos
la guarda de nuestra grey;
los dos, solos; que nos plugo
por todas nuestras Castillas,
conllevar ambos el yugo,
dando al pueblo las gavillas.
Pero ¡ay de vos, si a la roca
donde estáis, hollando el barro,
dejáis que llegue la boca
de víbora de Navarro!
Yo he puesto en los eslabones
rígidos de los deberes,
a tortura, las pasiones
de los hombres y mujeres;
yo no he tenido jamás
cárcel guardándome tanto,
rejas forzándome más

que los leones del manto;
¡pero tembladle al poder
ciego de mi indignación,
si él despierta a la mujer,
mordiéndome el corazón!

(*Sin esperar réplica, sale por el fondo. El Rey, pensativo, deja sobre la mesa la carta de la Reina. Diríase que no ve entrar a Pedro Navarro, por la izquierda. Éste, aguarda en silencio las órdenes de su Rey. Por fin, mirándole, dice Don Fernando.*)

REY

Pedro Navarro, la Reina
creyendo en la lealtad
de don Gonzalo, desoye
vuestra acusación.

NAVARRO

Pensad
que fué siempre amparadora
de quien yo vengo a acusar.

REY

Pienso llamarle a Castilla
donde pueda contestar
a vuestros cargos.

NAVARRO

Debéis
llamándole, recordar
que será la vez tercera
que el regreso le ordenáis;
no es nuevo que órdenes vuestras
las desoiga el Capitán,
señor Rey.

REY

¿Y si le llama
la misma Reina, vendrá?

NAVARRO

Vendrá. Don Gonzalo es hombre
que todo lo dejará
cuando la Reina y la dama
se junten para ordenar.

REY

Vuestra respuesta, Navarro,
como la cruz de un puñal
es doble y esconde un diente
venenoso de alacrán;
pero yo quiero, escuchándola,
que impávido me veáis
poner a prueba las mallas
de mi cota de Milán.

NAVARRO

Por Dios, que no quise heriros.

REY

Por Dios, que bien se verá.

(Presentando a Navarro la carta que escribió la Reina.)

Esta carta en que la tinta
aún no ha podido secar,
para el Almirante ha escrito
la Reina, queriendo honrar
sus hechos; en esta carta

a un vasallo que es leal
se manda venir a España
desde el sitio donde está;
pues esta carta decide
y ordena mi autoridad
que a las manos de Gonzalo
vaya en Italia a parar.
De los rumbos que le damos
nada ha de saber jamás
la Reina sino por mí;
la vida en ello te va.
Y ahora, recibiendo unidas
en ésta, la autoridad
de la Reina y de la dama,
¿qué hará Gonzalo?

NAVARRO

¡Vendrá!

REY

(Entregando el pliego a Navarro.)

¡Vuele la carta a sus manos!
¡Nadie extrañará, al volar,
que como la hicieron plumas,
la desvíe el huracán!

NAVARRO

(*Disponiéndose a salir.*)

¡Corro a llevársela, a nado
si es menester!

REY

¡No, tú, no!
un tu escudero; a ti, yo
te quiero siempre a mi lado.
Te honro mucho; has dado perlas
a mis arcas, tan gloriosas
y has dicho tan grandes cosas,
(*Transición brusca.*)
¡que tendrás que mantenerlas!
Venga el Capitán rendido;
y frente a frente los dos,
¡tú acúsale, vive Dios!
pero ¡ay de ti, si has mentido!
que, por mi cetro real
el alma y el corazón
he de atravesarte, con
el diente de tu puñal.

(*Sale por el fondo, dejando anonadado al Conde.*)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Un rincón del palacio real de Nápoles. Gonzalo de Córdoba, rodeado de capitanes y caballeros españoles e italianos, regresa de la jura solemne de fidelidad a los Reyes, en la plaza. Su hija Elvira le ayuda a desceñirse la armadura, y los caballeros y capitanes cambian impresiones con el magnífico caudillo.

PRÓSPERO COLONNA

(*A Doña Elvira.*)

...Y al desatar el casco, en que la pluma
viéndose poca para tanta gloria,
prefirió ser esclava a hacer la suma
de sus hechos famosos en la historia,
Doña Elvira, pensad que solamente
por llevar la contraria al Conde Pietro,
ya no es la espada, entre sus manos, cetro;
rey vuestro padre, y en la clara frente,
su capacete de metal, corona.

GONZALO

Me honráis hablando, Próspero Colonna,
pero os atajo al paso; no tolero
lisonjas que, aun de vos, abaldonaran

oídos de vasallo donde entraran.
¿Sabéis, a todo un trono, qué prefiero?

(*Corriendo a él, con los brazos abiertos.*)

¡vuestros brazos de amigo y compañero!

COLONNA

¡Vayan de corazón!

GONZALO

(*Acompañando, cada vez, las palabras con la acción.*)

Y vuestra mano,
condotiero italiano;
y esta vuestra, marqués, que ya me extraña
que esté una hora huérfana de hierro;
y ésta, que trae tal ímpetu de España
que, viendo en alto una bandera extraña,
¡para arrancarla de él, arrasó un cerro!
—¡Por Dios Santo, qué dia!... Atrás se queda
para siempre confuso el Garellano,
llevándole en sus ondas, mientras rueda,
este enigma, que pasma, al Oceano:
¿cómo, a pie enjuto, atravesó mi gente
sin que casi él lo viera, su corriente?

ELVIRA

(*Entre ingenua y grave; interesándose.*)

Decidme entonces ¿cómo fué?

COLONNA

(*Ponderativo.*)

Señora,
yo fuí a pasarlo, y no lo entiendo ahora.

ZAPATA

(*Familiarmente.*)

¡Mi dueña, era imposible!

GONZALO

Exactamente:
pasarlo, era imposible. Consumía
nuestras horas el tedio y el letargo
de la impotencia; mi real veía
forzosa la derrota; y sin embargo
pedí, una noche, mi caballo; ciego,
di la zurda al rendal; la diestra al pomo

de mi espada; fué un vértigo de fuego
dentro de mí; gritó, yo no sé cómo
«¡por la Reina!» una voz, en lo intangible
del aire; piqué espuela, asentó el callo,
vino España detrás de mi caballo
¡y se acabó, en Italia, lo imposible!

COLONNA

¡Para el Gran Capitán!

GONZALO

Mientras agrande
la fé, al esfuerzo; al corazón, la idea;
mientras Doña Isabel reine y lo mande
¡no hay en España hidalgo que no sea
Gran Capitán para una Reina grande!

(*Dirigiéndose a su hija, con ternura y entusiasmo a la vez.*)

—Y aquí mismo hija mía. En la ancha plaza
cuando hace poco, los napolitanos
juraron en mis manos,
con estos claros verbos de su raza,
fidelidad a nuestros soberanos;
cuando empezó a sonar por todas partes

el grito que concilia
represalias de pueblos y estandartes:
«¡Paz en Italia! ¡Nápoles, Sicilia
por Isabel!», la multitud hirviente
sacó su corazón: la plaza exigua
vió renovarse la hermandad antigua
y, común madre a la latina gente,
el agua blanda que harmoniosa baña
los dos brazos del golfo dilatado,
¡recogiéndolo allí, se habrá llevado
el corazón de Nápoles a España!

COLONNA

Ingratitud en vos, porque era vuestro

GONZALO

Del trono el lauro y el esfuerzo nuestro.
—Próspero es vuestro nombre ¡siempre a una
caminen, para vos, nombre y fortuna!

(*Ambos caudillos se estre-
chan las manos.*)

—Vosotros, capitanes y soldados,
seréis recompensados
todos y cada uno. Aunque se diga
de vuestro Rey aragonés que, acaso,

largo en pedir es en el premio escaso,
por una sola vez no os dé fatiga;
como lo quiso él mismo, en esta empresa,
la mano del monarca es cordobesa.
Dió, en la jura, remate la campaña.
— Ya, hija mía, el tumulto ha concluído;
tenemos Reyes y su heraldo he sido,
¡ya puedes sonreirme! Esto es España.
— Tú, la última en hablar, pero en el peso
del corazón, primera, dí, hija mía,
para cabal memoria de este día
¿qué deseas de mí?

ELVIRA

¿Yo, padre? un beso.

(*Se abrazan. La cabezuela de Elvira se deja caer sobre el hombro glorioso de su padre. Los nobles italianos y Colonna al frente, dan un paso para salir; todavía un instante, para no romper la emoción, se contienen y finalmente Colonna, dice.*)

COLONNA

Jamás mi lengua hablara
sin la ocasión preclara

que la voz en mis labios precipita:
un noble os pide, Italia necesita,
único premio, y sola
recompensa a su esfuerzo sobrehumano...

GONZALO

¡Pedid!

COLONNA

¡Que nos dejéis besar la mano
de una dama, hija vuestra y española!

(*Emoción sin palabras. El Capitán se aparta a un lado. Doña Elvira avanza y, por instinto, con la regia naturalidad que tiene de su sangre, tiende la diestra, que besan los caballeros y capitanes, saliendo, en silencio, por la lateral izquierda. El padre, absorto y conmovido observa; al salir, el último de los caballeros, dice*)

ELVIRA

La emoción era tanta, que he debido
parecer poco... Toda mi persona

temblaba; el caso ha sido
que me cogió improviso y al descuido
—¿lo hice tan mal?

GONZALO

(Con orgullo paterno.)
Para llevar corona.

(Satisfecha con la respuesta de su padre, Elvira le sonríe y se dispone a salir.)

¿Me dejas?

ELVIRA

Tu habrás de estar
necesitando reposo,
padre y señor.

GONZALO

¿Por eso te has de marchar,
si a tu lado me reposo
más y mejor?
Con todo ese torbellino
de gente que se ha juntado

por ver la Jura,
la casa es jaral de espino
para el vellón delicado
de tu hermosura;
pues queda conmigo; evite
mi hija el daño y yo a la puerta
vele por ti.

ELVIRA

¡Vano afán! . . . tu alma dormite,
si está de todo tan cierta
como de mí.

GONZALO

(*Atrayéndola y dando intimidad a toda la escena.*)

Yo sé que naciste buena;
que tu alma es agua en clausura
y que estás
hecha de nieve, azucena:
¿pero quién nos asegura
de los demás?
Si yo te traje a este extremo
de vivir entre la gente,
con razón
al verte indefensa, temo.

ELVIRA

¿No soy tu hija? ¿y no es prudente
mi corazón?
Tengo, mirándome en ti,
tanta fuerza, un no sé qué
de granito,
que tu alma campea en mí
como un sello puesto al pie
de un escrito.
Me acuerdo, por nuestra sierra,
de unas fuentes que ví un día
minerales,
y que, cayendo en la tierra,
toda cosa se cubría
de sus metales;
pues si eres fuente en quien vivo,
yo planta, al pie de un peñón,
en el cerro,
cuando tus aguas recibo,
me dan un caparazón
de hierro.
O vamos a cuentas . . . ¿Era
tanta en años, en los días
de la Alpujarra?
y aquella vieja hechicera
¿no predijo que aún tendrías

sombra en mi parra?
Pues mi tío, el de Aguilar,
Don Alonso, que allí estaba
y allí murió,
¿no se dejó confesar
que una hija te envidiaba
como yo?...

(Porque Gonzalo vuelve el rostro, como si quisiera ocultarlo.)

— ¿Qué tienes?

GONZALO

¡Que él me adorara,
que tan sólo combatir
sepa esta mano,
que yo en el mundo alentara,
y que pudieran herir
a mi hermano!

ELVIRA

¿Seré necia? ¿yo a tu lado
para no darte reposo,
sino afán?
No me quieras... Dame vado,
¡alza el puente y llena el foso,
Capitán!

GONZALO

¡Hija mía! . . .

ELVIRA

Aunque, hace poco,
cuando aquella enfermedad
que duró días,
no fuí cobarde tampoco;
sospechaba la ciudad
que te morías;
forzábate a reposar
tu fiebre devoradora
tarde y mañana;
pero yo fuí, en tu lugar,
virreina, gobernadora,
capitana,
recibía embajadores . . .
Por hondo que fué el abismo,
¿me hice atrás?
Pedí fuerza a mis dolores
para ser como tú mismo . . .

GONZALO

¡Y fuiste más! . . .
Que entonces, cuando caí
rendido el cuerpo en la guerra
y el alma ilesa,

te ví a mi lado y sentí
que a mi lado eras mi tierra
cordobesa;
la vega de mi alquería
que hace llano el señorío
de mi casa;
la vega nuestra, hija mía,
donde se aquieta hasta el río
cuando pasa;
mi vega, humilde y completa;
cristiana vieja y moruna;
¡tan aplomada,
tan ancha, que está sin meta;
tan sobria, que cabe en una
mirada!
Y es de modo un cordobés
que por nada se le borra
del pensamiento,
la flecha de su ciprés,
ni su galgo, que le corra
humo en el viento.
Tengo, en mi brazo, el lebrel
con quien salgo a rastrear
todas las huellas;
y nadie es par, para él
en acosar y alcanzar
reinos y estrellas!

Tengo — y yo sé donde está —
la flecha conminadora
de mi ciprés
que me dice: «más allá,
vuela más, y más ahora;
aquí no es»...
Mas no sería el que soy
logrando tanto en la guerra
con mi brío,
sin llevar por donde voy
en ti, mi casa, mi tierra,
todo lo mío!
Cejara, Elvira, mirando
que es humo el bélico arrojo
que ha de pasar,
si no reviviera, cuando
veo que en ti me recojo
para durar.
Pues ven, hija; que aun después
que haya marcado mi hora
la flecha negra,
¡tú has de estar en mi ciprés
como rosa trepadora
que lo alegra!...

(Termina estrechando en sus manos las de su hija. Las besa. Aparecen, en la lateral

derecha Gaytán y un Correo, cansado y polvoriento.)

—¿Quién?

(*Viendo a los que llegan y con aire de reconvención.*)

¿Tú, Gaytán?...

GAYTÁN

Ha venido
vuestro correo. He creído
prevenir vuestro deseo
y...

GONZALO

Da el fajo.

(*El correo le entrega unos papeles. El Capitán añade, despidiéndoles.*)

Habéis cumplido
tú, Gaytán y tú Correo.

(*Salen. Gonzalo pasa la vista por los papeles; su rostro manifiesta alegría e impaciencia; dice a Doña Elvira.*)

— Mis escuchas y enviados
de Francia me escribirán.

ELVIRA

¿Teméis de Francia? ¿no están
todos sus pasos cerrados?

GONZALO

Aún puede quedarles el
más temible y más certero:
la traición de un caballero.

ELVIRA

¿Es Pedro Navarro?

GONZALO

Es él.

(*Por uno de los pliegos que trajo el correo.*)

De Francia: ¿vendrán aquí
las pruebas que necesito?

(*Lo abre con ansiedad y lee.*)

ELVIRA

(Por el otro pliego que trajo el correo.)

Yo éste lo leo por ti;
porque es de España este escrito.

(Lo abre y lee con creciente emoción.)

GONZALO

(Al terminar su lectura, guardándose el papel.)

—¡Dios es grande! Dicen bien
nuestros árabes de España;
muerde ella el trigo y lo daña;
¡pero, al fin, Dios es también
cizaña de la cizaña!

(Va hacia su hija, que parece profundamente impresionada por lo que ha leído.)

—Elvira... ¿qué es el papel
que a esa emoción te apercibe?
Dame...

ELVIRA

(*Tendiéndole la carta.*)

Leed.

GONZALO

¿Quién me escribe?

ELVIRA

La Reina Doña Isabel.

GONZALO

(*Precipitándose a recoger la carta.*)

¡La Reina! . . .

(*Leyendo.*)

¿Qué! . . .

«. . . os quieren mal;
buscan llevaros a extremos;
venid a España, hablaremos
siquiera de igual a igual;
vuestra palabra en el fiero

tumulto de este hervidero,
venga a darnos el nivel;
os lo mando — y os espero —
Yo, vuestra Reina, Isabel.»

(*Dando muestras de perplejidad, Gonzalo pasea la estancia, diciendo.*)

Y Nápoles, que cimbrea
todavía mal seguro,
con tanta grieta en el muro
como le abrió la pelea;
sus nobles, tan fieles hoy,
cuando es temible mi brazo;
los calabreses, que estoy
poniendo en horcas a plazo,
¿cómo abandono?...

(*Se queda mirando a su hija, dando a entender lo que pasa por su mente, al contemplarla. Sereno y haciendo transición, se acerca a ella.*)

— Hija mía:
toma aliento y muestra ahora
que no en vano fuiste un día
virreina y gobernadora.
Lo que ha sido puede ser

dos veces; parto, no puedo
ni un sólo instante perder;
pero Italia ha de creer
que en ella enfermo me quedo.
Como ayer forzosamente,
finge hoy hacer; vive alerta,
vela mi sueño a mi puerta
y sé mi sombra, yo ausente.
Zapata y Gaytán te dejo
para tu guarda; habla apenas
y que mi sangre en tus venas
sea mi mejor consejo!

ELVIRA

¿Te vas?...

GONZALO

Y si ya no estoy
camino de España ha sido
para darte el cometido
que de corazón te doy.

ELVIRA

¡Padre!...

GONZALO

(*Conteniéndola.*)

—A mis hombros procura
aquel manto veronés
que me envuelve hasta los pies
cubriéndome la figura.

(*Sin replicar, dominándose, entra Elvira a cumplir la orden de su padre.*)

—De todas las carabelas
de Génova daré al mar
la más rauda... ¡hazla volar,
Dios mío, haciéndole entrar
tempestades en las velas!

(*Viene Elvira con el manto de Gonzalo, que le ayuda a colocarse, diciendo.*)

ELVIRA

¿Y así, sin tu protección,
me dejas entre la gente?

GONZALO

¿No eres mi hija? ¿y no es prudente,
Elvira, tu corazón?

Mas no te engañe esta calma
con que me ves discurrir,
que no me voy sin partir
en dos mitades mi alma;
poco es para mi ansiedad;
pero te quiero de modo,
¡que bastará la mitad
para guardarte de todo!

ELVIRA

¡Llévame, padre!.. No hay leyes
que me separen de ti:
¿qué puedo hacer sola aquí?

GONZALO

¡Guardar Italia a tus reyes!

ELVIRA

¡Padre!...

GONZALO

Quien puede ordenó;
basta; y no olvides, mujer,

¡que esta es la hora de ser
más capitana que yo!

(Sale. Queda Elvira, absorta de dolor, siguiéndole con la mirada.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Sala abovedada y grande en los sótanos del Alcázar de Segovia. Montones de sacas de trigo al pie de los arranques de la bóveda y apiladas junto a los muros. Luz escasísima. Sobre una mesa, tintero, pluma y papeles. Al fondo puerta que comunica con el resto del Alcázar. A la derecha, puerta comunicando con el exterior, por los adarves. A la izquierda, otra puerta que también comunica a lo exterior, por otra parte del recinto fortificado.

(*Presididas por Doña Beatriz Bobadilla, están varias damas de la Reina, midiendo, llenando y cosiendo sacas de trigo. Pedro Mártir las acompaña y anota en unos pergaminos sus respuestas.*)

MÁRTIR

¿Contáis en junto, Beatriz?...

BEATRIZ

Catorce sacas que son
hasta diez fanegas, con
alguno que otro caíz.

(Pedro Mártir hace sus anotaciones, a la luz de un velón, sobre la mesa.)

MENCÍA

Y por Toledo, las manda
su Concejo: es tierra mía.

MÁRTIR

(Consultando sus notas.)

Ya hizo tres envíos.

MENCÍA

¿Y anda
mendigando todavía?

MÁRTIR

Cuando la Reina su mano
le tiende, pidiendo trigo
¡bien puede hacerse mendigo
tu Concejo toledano!
Todos habéis de entender
que esta semilla, allegada
grano a grano, habrá de ser
siglo a siglo cosechada.

Las tierras que, allende el mar
descubre el viejo Almirante,
no dando trigo el Atlante,
con éste se han de sembrar;
y aunque la Reina pudiera
sola, a este empeño atender,
¡quiere a su Castilla hacer
la parte, en la sementera!
— Ahora, el trabajo seguid,
que en las gracias que os lleváis
de la Señora, os honráis;
y a vuestras gentes decid
que, convirtiendo en barbechos
por la Reina, sus trigales,
¡Castilla cría, a sus pechos,
un mundo que está en pañales!

(*Se habían agrupado las damas para escuchar la peroración del humanista; vuelven a desparramarse bajo las bóvedas.*)

MENCÍA

(*A Leonor.*)

Tú, toma este almud y llena
sacas.

(A la Bobadilla.)

¿Y yo, señoría?

BEATRIZ

Tú, cuenta.

MÁRTIR

Y así, Mencía,
váis convirtiendo en colmena
de la Reina la «Alcancía».

LEONOR

¿Llama a esto «Alcancía»?

MÁRTIR

Y es
para mostrar que el socorro
que ella manda al genovés,
lo mira como un ahorro
que está poniendo a interés.

LEONOR

¿Pues ya se acerca el sembrado?

MÁRTIR

Contando la travesía. . .

MENCÍA

¿Todo este trigo es ahorrado?

MÁRTIR

¡Toda Castilla ha dejado
su florín en la «Alcancía»!

BEATRIZ

(*Que se dispone, ayudada de Mencía, a cerrar y coser una de las sacas.*)

¡Verboso estás hoy, Gramático!

MENCÍA

(*A Beatriz, casi en secreto.*)

¿No os han dicho que tenemos
en Castilla al Almirante?. . .

BEATRIZ

¡Lleva dos días!. . . ya es viejo.

MENCÍA

Yo lo ignoraba. . . ¿La carta
de la Reina llegó a tiempo?

BEATRIZ

No; que el Virrey, al llegar,
traía los grillos puestos;
daba pena.

LEONOR

Pero dicen
que dijo, besando el suelo:
«Grillos en manos que hiciste
»de Virrey, afrentan menos
»que la befa con que vine
»maltratado de otros pueblos;
»como es la pasión tormenta,
»de tu pasión no me quejo:
»¡Dios guarde a España!» — Y la gente
lloró.

BEATRIZ

La Reina, al saberlo,
mandó jinetes que dieran
libertad al prisionero,
llevándole sus albricias,
y honras y títulos nuevos.
Le llamó para Segovia;
le saldremos al encuentro
con la sementera en carros
y un golpe de caballeros,
pajes, damas y hombres de armas
que hará lucido cortejo.
Del palafrén de la Reina
será su palafrenero
Don Fernando el Rey; nosotras
para servirnos, tendremos
los nobles; yo, un cordobés
aún mozo, el Marqués de Priego,
de la casa de Aguilar,
porque no paso por menos.

MENCÍA

(*Palmoteando.*)

¡Será una fiesta!

BEATRIZ

No lleves
el entusiasmo a los dedos
que escapa el trigo.

MENCÍA

Para estas
cabalgadas, fué soberbio
de invenciones, según cuentan
los que saben de aquel tiempo,
Gonzalo Hernández de Córdoba
cuando le armó caballero
la Infanta y él era paje
del Rey Alfonso en Toledo.

BEATRIZ

¡Dadlo al papel, Pedro Mártir,
que eso os hará, por lo menos,
dos parágrafos de Anales!

MÁRTIR

No creáis que lo desdeño.

MENCÍA

(Disponiéndose a palmotear de nuevo.)

¡Ya soy cronista!

BEATRIZ

(Cortándole la acción.)

¡Mencía,

atiende a la saca!

MENCÍA

(Conformándose.)

Atiendo.

GONZALO

(Entrando, embozado, por la lateral izquierda y dando una voz que alarma al concurso.)

¡Paz en Segovia!

MÁRTIR

(Cerrando el paso al embozado.)

¿Quién llega

y cómo, hasta aquí?

GONZALO

¿Son estos
los sillares de su Alcázar?

MÁRTIR

Tales son.

GONZALO

¿Y este aposento
la Alcancía de la Reina?

MÁRTIR

La misma.

GONZALO

A la misma vengo.
Decidle a Doña Isabel
que he de honrarla.

MÁRTIR

¿No sabiendo
quien sois?

GONZALO

¿Lo sé yo de vos?
¿Y necesité saberlo
para preguntar?

(*Hace unos instantes, las damas se agolparon al fondo para saludar a Doña Isabel que entra en escena.*)

BEATRIZ

(*Anunciándola.*)
¡La Reina!

ISABEL

(*Avanzando hasta el caballero embozado, que permanece inmóvil.*)

Vos ¿quién sois?

GONZALO

Un caballero
que está en Italia y partido

de sí mismo, a un signo vuestro,
primero que hable con vos,
¡nadie en España ha de verlo!

ISABEL

(*A todo su cortejo.*)

—Dejadnos.

MÁRTIR

¿Sin ver quién sea,
Reina? ¿Olvidáis que el despecho
vive afilando puñales
de judíos y conversos?

ISABEL

Pedro Mártir: este alcázar
de piedra, donde no hay hueco
que no guarde en sus cenizas
los albores de mi reino,
ya me vió un día afrontar,
no un hombre a solas, un pueblo
que, como venía en armas,
traía los ojos ciegos;
pero ni él dejó de verme,
ni yo viví un día menos.

(Persuadidas por Beatriz que, señalando al caballero, les habla al oído, las damas se han ido retirando; Beatriz en persona, se lleva del brazo a Pedro Mártir. La Reina, viéndolo, dice.)

—¿Sin otra réplica salen?

GONZALO

(Desembozándose.)

Será que me conocieron.

ISABEL

¡Sabía yo que erais vos!

GONZALO

Me dáis la vida diciéndolo.

ISABEL

Desde el día de Granada,
¿qué hicisteis?

GONZALO

El mismo os vuelvo.

ISABEL

¡Lo sé! Y atado al rendal
traéis, Capitán, un cetro
que era imposible.

GONZALO

¿Podía
mandando vos, no traerlo?

ISABEL

Pues yo os preparo otros rumbos.

GONZALO

¡Dad sobre el yunque, si es hierro
mi corazón que esta vez
se acomode a vuestro esfuerzo!

ISABEL

Mi esfuerzo a vuestras grandezas
acomodo; y porque veo
que ya estos mundos de Europa

no tienen, como son viejos,
para oponerse a los pasos
de mi Capitán, arrestos,
mandé que abrieran camino
por el mar, a un Mundo Nuevo.

GONZALO

¡Lo sé!

ISABEL

(*Con un gesto.*)

Y estos trigos son
el pan con que le alimento;
y os le hago digno de vos;
y grande y libre le quiero,
de suerte que, vuestra espada
no tenga que hacer en ello,
sino vuestro corazón
le lleve el calor del nuestro;
que antes de morir, Gonzalo,
quisiera dejar ejemplo
de este modo de hacer mundos
por la siembra y los consejos...
Daos prisa, y ya que llegáis,
queriéndolo Dios, a tiempo,

del metal de vuestra espada
yo haré que enmolden, fundiéndolo,
los caracteres con que
grabar este testamento . . .

GONZALO

(*Inclinándose.*)

¡Señora Reina! . . .

ISABEL

¡Y cumplidlo! —
Si vos no alcanzáis, que vuestros
hijos lo cumplan; si no,
los nietos de vuestros nietos.

GONZALO

¡Por los nietos de los míos,
mi sola palabra empeño!
Y aun, si un día hallare el Trono
que no aprovecha el esfuerzo
de mi brazo, en las batallas,
de mí para vos, prometo
que encarnando en cuerpo y alma
de la Reina los deseos,
sembrando y aconsejando,
¡seré, en Córdoba, labriego!

ISABEL

¡Dios que os oiga!

(*Haciendo transición y sonriendo.*)

— Ahora seguidme,
Capitán, que, aparte de esto,
cabalmente os trajo Dios
a Castilla en un momento
que haciéndome falta estabais;
hoy salimos al encuentro
del Almirante; hoy regresa
de su camino tercero
y hoy quiero que, entre él y vos
viendo a sus Reyes el pueblo,
vea que están por el trono
las dos columnas del reino.
Seguidme...

(*Y empieza a salir por el fondo; pero el Capitán permanece en su sitio, replicando.*)

GONZALO

¿Vos me mandáis
que os siga, cuando no puedo
seguiros?

ISABEL

¿Por qué razón?

GONZALO

¿Pues ya no os lo he dicho? Enfermo
quedo en mi casa de Nápoles,
donde velándome tengo
mi hija Elvira, vuestra esclava,
que hace mis veces, fingiendo;
no estoy en Castilla; nadie
puede verme en vuestros Reinos
sino en sospecha y es harto;
que Italia peligra en esto.

ISABEL

¿Pues cómo empleáis dobleces?...

GONZALO

(*Interrumpiéndola.*)
¿Pues cómo, en ningún empleo,
si es para serviros, pudo
vacilar nunca mi pecho?

Tan sólo así — y aun por ser
tal mi Elvira, pude hacerlo —
no os perdí un trono, al salir
de Nápoles encubierto.

ISABEL

¿Por qué vinisteis, entonces?

GONZALO

Porque el día en que mi acero
me sirva primero a mí
que a vuestras órdenes, pienso
que salte el sol de su engarce.

ISABEL

(*Con tanto ceño como asombro y estupor.*)

¿Mis órdenes?

GONZALO

Que trajeron
vuestras letras.

ISABEL

¿Letras mías?

GONZALO

Llamándome al lado vuestro.

ISABEL

¡No os he llamado jamás!

GONZALO

¿No os engañáis?

ISABEL

¿Sabré de ello,
capitán?

GONZALO

¿Sabrán mis ojos,
aún si es ficción, lo que vieron?

ISABEL

¡No os he llamado jamás,
Capitán; y os cumple y quiero

que vos lo creáis; no os sufro
contradicciones en esto!

GONZALO

Será como vos decís . . .
Debí, en Nápoles, preverlo
cuando ví que en vuestras letras,
haciéndome tanto apremio
para obligarme a partir,
eran piadosos los verbos
que en vos siempre oí crueles;
¡si todavía recuerdo
vuestras palabras, señora:
«venid a España, hablaremos
de igual a igual» . . .

ISABEL

¡Mentís!

GONZALO

¡Cielos,
quitadme la vida!. . . ¡Reina!
¿Yo, mentir?. . . — Sí; miento, miento.
Porque, aunque tuve en mis manos
la carta y aunque la vieron
los ojos de doña Elvira,

que tan purísimo espejo
donde trazar imposturas
jamás las sombras tuvieron,
y aunque en mi memoria están
palabras, giros, conceptos,
todo tan conforme a vos
que ver el papel fué veros,
vos me decís que no ha sido;
yo que sí; luego, yo miento.
¡No me llamásteis jamás!
Pero esta es Castilla y puesto
que estoy en ella, es forzoso
que algo me traiga a estos reinos;
¡será una justicia! ¡y tiemblen
los que mediaron en ello
de mi primera mentira;
porque dos veces, no miento!

(*Avanza hacia el fondo, resuelto de actitud.*)

ISABEL

¿Qué intentáis?

REY

(*Llegando por el fondo y atajando el paso al Capitán.*)

Nada ya.

ISABEL

(*Al Rey.*)

Rey: vos tan sólo
podéis traer la luz a estas tinieblas.

REY

¿Qué es ello?

ISABEL

El capitán desertó el sitio
que poniendo en sus manos nuestra enseña
marcámosle en Granada; a esto le mueven
mis órdenes, pasadas a unas letras
que yo jamás pude escribir y él tiene.
Yo soy Castilla: y cuando todo fuera
mentira el mundo, el aire, el sol, los astros;
no mi alma, al fin de Dios, ¡la más terrena
trabazón de mi ser, mi arcilla en huesos,
no queriendo mentir, se deshiciera!
Pero él, es él; Gran Capitán de Italia,
hidalgo y español: ¿queréis que mienta?
¿pues, de quién la impostura? Respondedme:
¿quién fué el villano? ¿lo sabéis?

REY

Yo, Reina. —

ISABEL

¿Vos?... ¡y sois Rey, Señor!

REY

¡Y para serlo,
no hay dique en lo mortal que me contenga!
(*A Gonzalo.*)
— Al recibiros hoy, me congratulo
de honrar como me cumple vuestra diestra;
os guardo el Maestrazgo de Santiago,
que siempre tuve por real presea;
vos ya hicisteis lo más en nuestra Italia,
para lo menos bastará cualquiera:
¿qué otro botín, pasado el Garellano,
si no es el trono, en aquél reino os queda?
— Y el trono dejaréis que yo en persona,
precisamente por ser Rey, lo quiera.

GONZALO

Tarde es, Señor, para que yo ni nadie
pueda quitaros lo que es vuestro. En estas

manos he recibido el homenaje:
ya sois el Rey de Nápoles, Alteza.
Si entendéis que lo menos en Italia
es arrancar el cetro a vuestra diestra,
decís verdad, Señor; para lo menos
no aprovechara yo; vaya cualquiera.
Pero si recelábais que mis manos
codiciasen lo que era
de mis Reyes, ¿qué boca de impostura
tan ruin vasallo me pintó en mi ausencia?

ISABEL

¡Pedro Navarro, a quien hicisteis Conde!

GONZALO

Tal vez así me paga: es su moneda;
si está en Castilla, holgárame de oirle.

REY

Os le retuve yo porque le oyerais,
Gran Capitán.

(Abre la lateral izquierda y grita.)

¡A mí, Pedro Navarro!

(*Y cuando el zapador aparece, con un gesto simple, concluye.*)

— Gonzalo Hernández os reclama.

NAVARRO

(*Inclinándose, a los reyes.*)

¡Altezas!

(*Al Capitán.*)

— ¿Vos en Castilla?

REY

El fingimiento es necio,
Pedro Navarro: la razón primera
de estar él en Castilla, ambos la urdimos,
y el instante llegó de mantenerla.
Las bóvedas de piedra de este Alcázar
busqué de intento, como son de piedra,
para que oculta en ellas, a la Historia
no llegara el rumor de esta contienda;
por una vez, los corazones hablen,
que hasta el mío, Señora, aunque es de tierra,
quebrantó la inquietud y hora tras hora,
temblando estaba de llegar a esta . . .
— ¿Sosteníais, Navarro? . . .

ISABEL

¡Hablad, Navarro!

NAVARRO

¡Yo sólo dije! . . .

REY

¡Has dicho todo!

NAVARRO

¡Sea,
Fernando de Aragón! . . . — Dije que sólo
llamándole su Reina,
regresaría el Capitán de Italia;
vos sabréis cuyas eran
las letras que pusísteis en mis manos;
si de la Reina, él está aquí, y lo prueba.

ISABEL

(Anteponiéndose a todos; avanzando un paso.)

¿Y a esto llaman hablar los corazones,
Pedro Navarro?

(*Al Rey.*)

¿y me traéis a estas
sordas gargantas de granito y sombra
donde ni el aire ni la luz penetran,
para enjuiciarme, Rey?

NAVARRO

¡No a vos!

ISABEL

(*Revolviéndose.*)

¿Qué silbas,
impostor? ¡Sólo yo, sobre la tierra,
pude llevar quebranto
al corazón del Rey! Cuando él confiesa
que temblando esperaba este momento,
de las regias sospechas
podemos ser tan sólo, yo, la causa;
tú, la ocasión, Pedro Navarro: ¡tiembla!
¿Por qué no me acusabas en las plazas
de Castilla, de sol, de gente llenas
y un matorral de acero en sus espadas
te darían mis hijos por respuesta?...
¡No importa! reo y estos muros cárcel,
donde Castilla no, Dios me sostenga:

(*Al Rey.*)

aún tengo, en vos, la sombra de sus jueces
y en vos, Gonzalo, toda su nobleza.
¿Ya no hablaste, Navarro? Si es cobarde
tu alma, todo lo haré porque no tema;
yo en desgracia, tú en auge, casi vamos
de igual a igual: te escucha, no la Reina;
Isabel Trastamara: habla y acusa.

(*Un silencio en que Navarro, temblando, humillado, sin palabras, no se atreve ni a levantar los ojos a la inaccesible majestad de la Reina.*)

NAVARRO

Reina . . .

REY

(*Que un momento goza en la confusión de Navarro, sonriendo desdeñoso y terrible, le aparta luego de la Reina, diciendo.*)

¡Basta, Navarro!

ISABEL

¡No! . . . ¿Qué flecha
se detiene en el aire?

REY

Una, Señora,
y en su silencio bien lo véis: la flecha
que escupe la impostura
y nó vuelve a la tierra
porque iba a un astro y en su hogar se funde. —

NAVARRO

(*Debatiéndose y defendiéndose.*)
¿Cuándo mi mano señaló a la Reina?

REY

(*Cada vez con mayor resolución en el tono.*
¿Cuándo el brazo del Rey no la tronchara
si a tanto se atreviera?

NAVARRO

Yo pude hablar, Señor . . .

ISABEL

¡Habla y acusa!

NAVARRO

(*Rápidamente.*)

¡No a vos!

(*Señalando.*)

¡Al Capitán!

ISABEL

(*Con un arranque irresistible de fogosa lealtad.*)

¡Muerde tu lengua!

(*Al Rey.*)

—Fernando de Aragón, Rey de Castilla,
nieto de un Almirante de mis tierras
y por la ley del corazón, pasando
sobre arroyos de sangre en mi defensa,
mi marido, ante Dios: cuando un instante
tuviérais que apartaros de mi vera;
cuando yo, presa en el azar de un sitio,
fuera, en rehenes, conducida a tierras

desconocidas; cuando
mis propios huesos, muerta,
tuviérais que dejar entre enemigos,
sin salvaguardia, por botín de guerra,
y ellos, para ultrajarme en mis cenizas,
amaestraran hienas,
mandad que el Capitán vele, a mi lado,
y a todos los villanos de la tierra
retad después por Isabel a juicio:
¡que así es el Capitán y así es la Reina!
— después de esto, habla tú.

NAVARRO

(*Anonadado por la intervención de la Reina.*)

¡Me habéis traído
con las manos atadas, a presencia
de la que siempre honré!

REY

¿Por qué mentías?

NAVARRO

¿No mintieron en vos vuestras sospechas,
Rey Don Fernando?, y yo ¿por qué he mentido?

REY

Cuando la Reina ha hablado así ¡por fuerza!

(*En el tono de grandeza, habitual en él, después de una lucha consigo mismo, a la Reina.*)

—¡En mi alma os juro y por mi Dios, señora,
que para hacer justicia, como fuera,
pasé por todo hasta lograr traeros
a este rincón de piedras
donde, con vuestras manos, arrancárais
la espina, al pecho. Y como siempre, Reina,
la lámpara habéis sido en las oscuras
sombras de mi conciencia:
si yo, por una vez, traje más barro
vos prendisteis más luz y nada queda.

(*Haciendo visiblemente fuerza para dominarse y serenarse, a Don Gonzalo.*)

—Gran Capitán ¿por qué no hablásteis?

GONZALO

(*Con tranquila naturalidad.*)

¿Cuándo?

La impostura, ella cae; no se contesta.

NAVARRO

(Tratando todavía de ponerse a flote.)

¡Bien que hablábais conmigo!

GONZALO

¿Dónde?

NAVARRO

¡En Baza!

GONZALO

(Después de una pausa en que sonríe con desdén.)

¡Y he de seguir hablando: a las estrellas,
a Dios, y ellos me juzguen!

NAVARRO

(Con intención; al Rey.)

—¡Ya lo sabéis, señor!

REY

(Fuera de sí, atacando a Navarro.)

¡Áspid o lengua,
Navarro, basta ya! ¡Rinde a mis manos
la redoma de hiel con que envenenas!

ISABEL

(*Con una voz, pasando al fondo.*)

¡Favor al Rey, mis lanzas!

GONZALO

(*Incontrastable; arrancando a Navarro de las reales manos y cubriéndole con su gesto; al Rey.*)

¡Es sagrado!

¡No le toquéis, Alteza!

REY

¿Le defendéis?

GONZALO

Es enemigo y basta;

porque respeto le debéis en treguas.

(*Mostrando el pliego de los pactos que recibió en Nápoles.*)

— Vendióse a Francia; éste es el pacto. Y como

se compromete en él a darle tierras,

del monarca francés trae los cuarteles
y de su nombre sin honor las letras.
Pacto de mercenario, al cabo es nada:
costó a mi Embajador unas monedas
y una noche de orgía entre lacayos;
pero, en mis manos, vale una frontera.
—Respetad al francés; que yo os respondo
de libertaros de él sobre la brecha.

REY

(*Después de recorrer el pacto con los ojos.*)

¿Y acusabais? ¡A mí, Pedro Navarro!
¿Reconocéis todo este cieno?...

NAVARRO

Alteza,
me amenazásteis; defendí mi vida.

ISABEL

¿Vendióse a Francia? Su castigo sea
no morir español, y es harto y basta.
(*Al Rey.*)
—Vos dictadle a Gonzalo su sentencia.

(Hay un silencio solemne; el Rey se aproxima a Gonzalo.)

REY

Gran Capitán, lugarteniente mío,
volved a Italia y sed mi brazo en ella,
que sobre el corazón pongo mi cetro,
para honrar lealtad como la vuestra.
— Navarro: así responde
Fernando de Aragón a tus sospechas.

(Llega junto a la Reina y dice.)

— Preparad vuestros trigos,
que hoy a Segovia el Almirante llega:
me tarda recibirle y con mis manos
quitarle la señal de las cadenas,
para enmendar un yerro antes con antes.

ISABEL

Si ahora no hablamos de él ¿por qué esta priesa?

REY

(Poniendo en la voz una emoción sincera.)

Llamar al Almirante imaginábais,
Señora, en unas letras

donde hablabais de envidia y de enemigos:
las recibió Gonzalo...

ISABEL

¿A tanto llegan
dudas, en mi Castilla?

REY

Las recibió Gonzalo y pudo en ellas
reconocerse, imaginar que estaban
escritas para él... ¡Amarga prueba
de que una igual envidia
cumple, en lo humano, a idénticas grandezas!
Pues perdonadme si pequé en lo humano.

ISABEL

(*Con tristeza y piedad inefables; tendiéndole sus manos.*)

¡Que siempre en vuestras alas llevéis tierra!

(*El Rey besa las manos y sale por el fondo, diciendo a sus soldados, con voz entera de mando.*)

REY

¡Obedeced al Capitán, mis lanzas!

(*Se llegan unos soldados a primer término; sale el Rey.*)

GONZALO

(*A los soldados; por Pedro Navarro.*)

A Málaga llevadle;

(*A Isabel.*)

donde espera
la nave que mañana ha de libraros
de nuestro afán y de su oprobio. Alteza.

(*Se inclina y va a salir siguiendo a los soldados que prendieron a Navarro.*)

ISABEL

(*Deteniéndole; quedan solos en la escena, la Reina y Gonzalo.*)

¿Partiréis, Capitán?

GONZALO

Y para siempre.

ISABEL

¿No os mostráis en Castilla?

GONZALO

Dejaremos,
como el Rey quiso, que Castilla ignore
que su huésped he sido unos momentos.

ISABEL

¡No mentíais, Gonzalo!. . . Fueron otros. . .
Perdonadles. . . el Rey, con el deseo
de castigar injurias, no quería
que pudiérais no oir el llamamiento
que os hacía, esta vez. Y como él sabe
la eterna lealtad de vuestro pecho
para conmigo, aunque el ardid le mancha. . .

GONZALO

(*Atajándola.*)

¡Nunca más grande fué; nunca más vuestro!

ISABEL

(Como estará, al igual que antes sus damas, ocupada en las sacas de trigo, levanta la frente de la labor que estaba haciendo, para preguntar con asombro al Capitán, que intencionadamente se quedó a su espalda.)

¿Vos lo decís?

GONZALO

¡No me miréis! Ya os dije
que no salió de Nápoles, enfermo,
vuestro Gran Capitán. Yo soy la sombra
de su figura y mis palabras, eco
de una eterna voz suya con que siempre
hablando está con vos, de pensamiento. . .
No me miréis, si os he de hablar. . . «El trigo
preparad», dijo el Rey; y en vuestros dedos
bien es que pase y que repase, Reina,
tomando el aire y la nobleza de ellos;
que al fin sus granos, resbalado ahora,
gotas de sangre son de un mundo nuevo.

(*Cuando ha logrado volver a llamar la atención de la Reina sobre la siembra, y ésta no le mira, el Capitán prosigue.*)

—Sabía el Rey, porque lo sabe el Conde
desde mi juventud—y es harto el tiempo—
porque en Baza, como era
tanta la llama delató el incendio;
sabía el Rey, porque lo ví en sus ojos,
¡que os idolatro, Reina!

ISABEL

(*Con emoción y estupor, irguiéndose.*)

¡Vos!...

GONZALO

(*Conteniéndola con la voz y el ademán.*)

—Teneos...
Si estáis vos en Castilla, yo en Italia,
si nos separa un mar... ¿qué importa el fuego?
Pues yo culpado, cuando el Rey, mirando
no, en mí, lo deleznable; en vos, lo eterno,

por la sola fe en vos, triunfó de todo,
¡nunca más grande fué, nunca más vuestro! ...
Ya para siempre terminé; no hablando
menospreciábais a mi Rey; yo quiero,
pues merecí el desdén, que en mí recaiga ...
No diréis que no vine a estos graneros
de la Alcancía con mi almud de trigo:
flor de mi vida y de mi alma, os dejo
el fondo de dolor que hay en mi gloria,
un imposible hecho quimera y sueño;
la púrpura de sangre de mi banda
que es una herida en la mitad del pecho;
lo que es tan puro que pasaba el mundo,
tan orgulloso que caerá en silencio,
¡mi amor! la flecha del ciprés de Córdoba
a cuya sombra dormirán mis huesos
¡y ha de hacerme anhelar, hasta en la muerte,
perpetuamente señalando el cielo.

(*Un rumor lejanísimo de campanería y clarines anuncia la formación del cortejo.*)

—Perdón, Reina ... los ruidos de la fiesta
llegan aquí ... Torna la vida a estos
antros sin luz, mi sombra se disipa
¡ya nunca más he de volver a veros!
—vuestras manos ...

ISABEL

(Es imposible definir la actitud de la Reina hasta el final. Transfigurada por la confesión que acaba de oir, es, al mismo tiempo, castísima y apasionadísima en su respuesta: más que humana; pero mujer.)

Besadlas en Castilla,
sobre sus mismos trigos, donde pienso
que está la eternidad de mi reinado;
donde todos los trigos venideros
del hijo de mi trono, en las edades,
revivan este instante sin saberlo!

GONZALO

Con devoción...

ISABEL

Como quien sois, Gonzalo:
¡las almas frente a Dios, rasguen sus velos!
No hemos de vernos más en esta vida;
pero de nuestras almas ¿qué sabemos?

lejos las dos, tal vez sus resplandores
el alma engendrarán de nuestro pueblo;
si espacio y tiempo nos separan, donde
como de tierra al fin, nada es eterno,
¡besad mis manos, Capitán, en trigo,
donde no hay fango... más allá del tiempo!...

(*Y hundiendo sus manos en la siembra inacabable, al inclinarse el Capitán, para besarlas, desciende la cortina.*)

FIN

Monte de Peña Roa y Septiembre; día de Nuestra Señora de las Mercedes, 1915.

Esta leyenda dramática fué puesta en escena por la primera vez, en Madrid, el día 30 de Marzo de 1916, en el teatro de la Princesa, por la compañía «Guerrero-Mendoza», bajo el siguiente

REPARTO

La Reina Doña Isabel .	Sra. Guerrero (D.ª María).
Doña Elvira, hija del Gran Capitán	Srta. Ruiz Moragas.
Doña Beatriz Bobadilla, Marquesa de Moya . .	Sra. Salvador.
Moraima	Srta. Ladrón de Guevara.
Doña Mencía, dama de la Reina	» Hermosa.
Doña Leonor, dama de la Reina	» Carbonell.
Gonzalo Hernández de Córdoba	Sr. Díaz de Mendoza (D. F.)
Don Fernando el Católico	» Codina.
Sidi Hyaya	» Vargas.
Pedro Navarro	» Juste.
El Marqués-Duque de Cádiz	» Palanca.
Don Alonso de Aguilar .	» Cirera.
El Marqués de Villena .	» Guerrero.
Próspero Colonna . . .	» Guerrero.
El Conde de Tendilla .	» Dafauce.
Zapata	» Capilla.
Pedro Mártir	» Carsí.
Gaytán	» Urquijo.

NOTAS

PUNTO DE PARTIDA DE NUESTRA LEYENDA

Puesto que voluntariamente hemos querido encerrarlo en los severos límites del más puro amor caballeresco, tomándolo por tipo y dechado del mismo, no es en realidad preciso justificar el punto de partida, meramente legendario de nuestra obra.

Son raros los biógrafos de Gonzalo o de la Reina Católica que dejan de referirse a él. Traeremos aquí unas palabras de Quintana en sus *Vidas de los españoles célebres,* que por lo menos consignan la existencia del rumor. Condena el historiador citado la baja derivación que hacían del mismo los envidiosos de Gonzalo y de la Reina. Le acompañamos nosotros en la condenación; pero nos reservamos el derecho de interpretarlo a nuestro modo, en las serenas regiones de lo poético, llegando hasta centrar en este sentimiento casi místico la clave del alma de Gonzalo. Este carácter de pasión y austeridad, tan cordobés, pudo efectivamente levantarse a las alturas

del sentimiento que le atribuímos. Indicios bastante justificados para decidirlo así son aquel despego sin causa ni motivo que la Historia no desmiente en el Rey y el súbito, total y voluntario destierro de Gonzalo, cuando pareció perder, a la muerte de la Reina, el estímulo primordial de sus hazañas.

Para no multiplicar las citas, haciendo difícil su comprobación a mis lectores, nos atendremos, hasta donde sea posible, al fácil testimonio de Quintana, que en su breve resumen biográfico acerca de Gonzalo recogió, sin pretensiones de crítica personal, el testimonio directo de las crónicas contemporáneas.

Las palabras de este biógrafo, a que nos referimos en el principio de esta «nota», dicen:

«... sus acciones y palabras, en que sobresalía la galantería respetuosa y bizarría de aquel siglo, unidas a la lealtad y eficacia de sus servicios, habían establecido altamente su estimación en el ánimo de aquella princesa (la Reina doña Isabel) que no se cansaba de alabarle. Llegaron los cortesanos a sospechar, y aun murmuraron tal vez, si en este declarado favor que la Reina le dispensaba habría algo más que estimación; pero la edad, las costumbres austeras de Isabel debían desmentir las cavilaciones de estos malsines, cuya envidia quería más bien calumniar la virtud de una mujer sin tacha en esta parte, que reconocer el mérito sobresaliente de Gonzalo. Ella le conocía bien y sabía hacerle justicia, y en cuantas ocasiones se ofrecían se le designaba al Rey,

su esposo, como el sujeto más a propósito para llevar a gloriosa cima todas las empresas grandes que se le encomendasen.»

GONZALO DE CÓRDOBA

Hernán Pérez del Pulgar, contemporáneo, traza en el *Sumario de las hazañas del Gran Capitán* esta silueta de Gonzalo Hernández:

«Fué su aspecto señoril; tenía pronto parecer; en las loables cosas y grandes fechos su ánimo era invencible; tenía claro y manso ingenio; a pie y a caballo mostraba el autoridad de su estado; seyendo pequeño floreció, no siguiendo tras lo que va lá juventud. En las cuestiones era terrible, y de voz furiosa y recia fuerza; en la paz, doméstico y benigno; el andar tenía templado y modesto; su habla fué clara y sosegada . . . Era lleno de cosas ajenas de burlas y cierto en las veras; como quier que en el campo, a sus caballeros, presente el peligro, por los regocijar, decía cosas jocosas; las cuales palabras graciosas, decía él, ponen amor entre el caudillo y sus gentes . . .»

Añadiendo a esta pintura de un contemporáneo las reacciones que su amor caballeresco debía provocar en espíritu templado de esta suerte y concluyendo, por inducción de lo que son hoy todavía las almas cordobesas, algunos detalles característicos de que sus contemporáneos no hacían aprecio, creemos habernos ceñido a la realidad estricta, al evocar la noble figura del caudillo.

Se sale del cuadro exigente y breve de la dramática la extensa, compleja y diversa actuación de Gonzalo Hernández de Córdoba. Ni son precisamente los hechos de guerra los más a propósito para la figuración y representación teatral. Era preciso buscar un fondo de unidad que nos permitiera abarcar, en lo posible, diversos aspectos de este espíritu, sin perder un hilo conductor de interés constante a través de la acción acelerada y diversa. Es otra de las causas que nos han llevado a detenernos en este amor caballeresco que suponemos en el Gran Capitán, y que proporcionándonos un fondo de unidad espiritual, había de provocar el interés dramático.



En la arenga que hace a unos soldados, en el primer acto dice, de sí, Gonzalo para pintarse, en una salida:

Traeré mi pluma encendida,
por penacho, en la cimera...

En su biografía citada, nos cuenta D. Manuel J. Quintana: «Los otros oficiales de su clase solían, en los días de acción, vestir armas comunes para no llamar la atención de sus enemigos; Gonzalo, al contrario, en estas ocasiones se hacía distinguir por la bizarría de su armadura, por *las plumas de su yelmo* y por la púrpura con que se adornaba, creyendo, y con razón, que estas se-

ñales, que manifestaban el lugar en que combatía, servirían de ejemplo y de emulación a los demás nobles y a él le asegurarían en el camino del honor y de la gloria. Esta conducta fué la que en la batalla de Albuhera le granjeó la alabanza del general quien, dando al ejército las gracias de la victoria, aplaudió principalmente a Gonzalo, cuyas hazañas, decía, *había distinguido por la pompa y lucimiento de sus armas y de su penacho...*»



. . . sírvele vino al Cadí;
nos lo acaban de traer
dos recuas, y debe ser
que nos lo traen para ti.

Estas y otras ironías que se suceden en la misma escena del primer acto responden a lo que dice Hernán Pérez del Pulgar en el retrato citado, de que el Gran Capitán «a sus caballeros, presente el peligro, por los regocijar, decía cosas jocosas.»



. . . y os tomé, al paso, este modo
de osar sin aventurar,
sello vuestro, pluma en hierro,
bravura con igualdad,
que os dió Córdoba romana,
labradora y militar.

En mi concepto, Córdoba explica al Gran Capitán y éste, siendo universal, resume a Córdoba

Sería curioso establecer un paralelo entre Rodrigo Díaz de Vivar y Gonzalo Hernández de Córdoba. Aportaría interesantísimas nociones al estudio de centro y mediodía (Castilla y Andalucía) que uniéndose dan el genio de España, en lo que tiene de más íntimo y más resplandeciente. No es el teatro lugar adecuado para establecer un paralelo así; pero la observación no podía escapar a los ojos de Isabel, tan minuciosa observadora del mérito y condiciones de sus vasallos, cuando quería abrir camino a sus iniciativas.

Córdoba es horma de personalidades, acaso como ninguna otra provincia española. Dió, bajo todas las dominaciones, los más altos tipos de representación a que llegó la Península; en todos ellos hay un fondo común que da la tierra, que no puede ser más que cordobés. Y Lucano y Séneca y los hombres del Califato, le hablarían a Gonzalo Hernández en un idioma suyo, que, calando la corteza de árabe y latín, asumiría y comprendería, como cosa propia, el Gran Capitán. Hay en esto algo exquisitamente significativo que esclarecería mucho el estudio y comprensión total del alma española. Así, el amor caballeresco y casi místico de Gonzalo Hernández por su Reina, se remontaría a transcendencia nacional y cuando más adelante, casi en los últimos versos de la obra, Isabel dice a Gonzalo, hablando de sus almas respectivas:

> tal vez, lejos las dos, sus resplandores
> el alma engendraran de nuestro pueblo,

aspiraríamos a significar y resumir en esta frase un sentido, acaso el más alto, y un ciclo, acaso el más interesante, de constitución española.

* * *

...que encarnando en cuerpo y alma
de mi Reina los deseos,
sembrando y aconsejando,
seré en Córdoba labriego.

Es, por lo menos, digno de atención y sujeto a meditaciones que Gonzalo de Córdoba, demás en España para el servicio de su Rey, por ingrato desvío de Fernando y todavía en la plenitud de su influjo y su fuerza sobre la juventud contemporánea, como se vió después de la alarma que produjo la rota de Ravena, no tuviera ni asomos de intento de pasar a las Indias, ocupando allí su brazo y ejercitando su admirable pericia militar, cuando de aventureros se improvisaban capitanes y conquistadores en toda la Península y cuando ya la fama del oro de Indias era cebo de proezas para tantas almas.

Consignamos el hecho sin acertar a explicárnoslo del todo.

En los versos que motivan esta nota, tratamos de darle una explicación posible, en armonía con los sentimientos de Gonzalo para la Reina Isabel.

Es un rasgo de previsión adivina y profética, en el espíritu de nuestra Reina, el tono con que habla, en su famoso Testamento, de la conquista de Indias. El sentido está clarísimo. Isabel re-

pugna la dominación y la conquista por el brazo armado. No es posible, al cabo de los siglos, releer aquellas breves notas sin un temblor de filial emoción, mezclando nuestro sentimiento de hombres de hoy al estupor admirativo que nos produce ver a Isabel anticiparse a los prejuicios y usos de su tiempo, en un vuelo tan de águila caudal que la remonta a las más altas cimas de la conciencia actual en estas materias...

La abstención voluntaria de Gonzalo Hernández, empleándose en labores agrícolas, en mejorar la condición de sus moriscos y de sus hombres de labranza, según nos cuentan sus biógrafos, cuando se desangraba y despoblaba España para volar a Indias en busca de botín, ¿debemos considerarla también como una genial previsión del héroe cordobés, que repugnaba la conquista y el despojo, en el ocaso de su vida, con uno de esos movimientos precursores de futuro, que aparecen frecuentemente en el declive de las grandes vidas?, ¿o se trataba nada más de su constante y conmovedora fidelidad a los deseos de su Reina, tan claramente formulados en su testamento y de los que manifiestamente se apartaban los demás vasallos? En la escena a que pertenecen los versos de esta nota, nosotros nos atenemos a la segunda interpretación. Así conviene a la situación en que colocamos al héroe con relación a su Reina.

Pero estamos lejos de pretender que esto sea la respuesta adecuada a uno de los más hondos y curiosos interrogantes que sugiere la vida de

Gonzalo de Córdoba. Tal vez en él va la última razón de ser de su admirable espíritu.

No es de este lugar empeñarnos en agotar la materia, ni lo intentaremos, siquiera ligeramente.



Reseñando un motín que, reclamándole atrasos, promovieron en Italia algunos soldados, en presencia del Gran Capitán, dicen sus historiadores que un soldado . . . «se arrojó a decirle en ofensa de su hija Elvira palabras que la dignidad de la Historia no consiente repetir». Y agrega Quintana: «Amaba, con efecto, tanto Gonzalo a su hija, que la llevaba consigo en sus expediciones . . .»

Recordemos ahora, además de lo que llevo dicho sobre el carácter cordobés del alma de Gonzalo, los tres rasgos que figuran en la semblanza de Pulgar: « . . . tenía claro y manso ingenio . . .; en la paz, doméstico y benigno . . .; su habla fué clara y sosegada . . .» y habremos citado los elementos históricos y morales que me han servido para componer la escena del segundo cuadro del tercer acto, entre Gonzalo Hernández y su hija Elvira.

En homenaje al estro esclarecido de Jorge Manrique, el más alto poeta del reinado de Isabel y padre de la lírica moderna, va escrita dicha escena en metros que, respetuosamente pretenden renovar y recordar el movimiento inimitable de sus divinas «Coplas».

PEDRO NAVARRO

Pedro Navarro, famoso Capitán de Zapadores, que fué además inventor de las minas, dando en su tiempo un nuevo impulso al arte de la guerra, tiene un sitio de gloria en la primera expedición a Italia de Gonzalo de Córdoba. Allá ganó sus cartas de nobleza. Fué un hombre de acción; entendido en su oficio guerrero, pero de ninguna grandeza de alma; desabrido, ambicioso, incapaz de sentimientos generosos, de quien no citan las historias un solo rasgo caballeresco, y en quien debieron tener poca influencia los que podríamos llamar «ideales» de su tiempo.

Para simplificar las líneas de esta obra, me ha parecido útil personificar en Pedro Navarro la reacción de envidia y malhumor que los hechos, arrogancias y fortunas del Gran Capitán irían fatalmente suscitando entre sus iguales y subordinados. No fué culpable únicamente Fernando del descrédito y ruina en la Corte, del Gran Capitán. Aparte de los posibles celos, que la Historia no comprueba y de que únicamente se hacen eco las leyendas, es indudable que el sólo desabrimiento y despego del Rey no habrían sido suficientes a provocar aquel ocaso provinciano y casi rural de Gonzalo de Córdoba, inactivo y olvidado en los últimos años de su vida. Su temple heroico de alma incapacitaba a Gonzalo para descender al nimio combate de rivalidades mezquinas a que le forzaba el partido de sus envidiosos. De ellos se

alejó Gonzalo más que de su propio Rey, en quien ejerció siempre una influencia exaltadora y generosa, parecida a la que también atribuye la Historia a Doña Isabel. Y en este partido de sus envidiosos y rivales encontró el desabrimiento natural del Rey el calor y refuerzo que necesitaba para contrarrestar y anular la innegable preeminencia de alma del Gran Capitán.

Personificando en Pedro Navarro, desde que se inicia la prosperidad de Gonzalo, esta enemiga y rivalidad de sus envidiosos, descargamos, en justicia, la iniciativa real de muchas de las inculpaciones que al tratar del Gran Capitán suelen hacérsele.

Continuamos algunas citas que nos han servido de apoyo para trazar este carácter.

«Mientras él (Gonzalo) se desvelaba en asegurar su conquista y en mirar por los intereses de su patria y de su Rey, la envidia empezaba a labrarle aquella corona de espinas que tiene siempre destinada al mérito y a la gloria.

»Nada había más opuesto entre sí que los dos caracteres del Rey Católico y de Gonzalo: éste, franco, confiado, magnífico y liberal; aquél, celoso de su autoridad, suspicaz, económico y reservado . . .

»Los malsines atizaban esta siniestra disposición: los unos decían que las rentas se malgastaban sin orden ni arreglo alguno; los otros, que se permitía el soldado una licencia opuesta a toda policía y ruinosa a los pueblos . . .

»Insinuaban al Rey que la conducta del Gran

Capitán en Nápoles era más bien de un igual que de un lugarteniente suyo. . .

Mientras vivió la Reina Católica, estas semillas de división no produjeron efecto. . .

* * *

«Aquel Monarca (Don Fernando) reservado, detenido y parco en galardonar, olvidaba su natural junto a Gonzalo, y se vió con admiración que nada de lo que le pidió en aquel tiempo en favor de otros fué denegado por él . . . Podían todavía estar ocultas en su pecho las semillas de la desconfianza, que rara vez salen enteramente del ánimo de los políticos; pero allí escondidas no se manifestaban, y siendo exteriormente todo demostraciones de amor, el uso que Gonzalo hizo de su influjo le constituía, a los ojos de Italia, el segundo en autoridad y en poder, pero el primero en dignidad y benevolencia . . . »

«Pero él (Gonzalo) . . . se desentendió de las sospechas de Fernando y prosiguió haciendo su deber, aquietando los soldados. . . y arreglando las cosas de aquel Reino (Nápoles), para que no sufriesen alteración por su partida . . . El Monarca, ya incapaz de sufrir más retardo en el cumplimiento de sus órdenes, y creyendo ciertas las traiciones y tratos que se temía, determinó enviar a Nápoles a su hijo el arzobispo de Zaragoza (Don Alonso de Aragón), con orden de reasumir en sí toda la autoridad y de prender a Gonzalo. . . Habían de auxiliar esta resolución

Pedro Navarro, a quien se daba el mando de los españoles, y un Alberico Terracina. . . »

«Esta providencia escandalosa, imposible quizá de ejecutarse. . . , no se llevó a ejecución: o Fernando tuvo vergüenza de ella, o se apaciguó algún tanto con una carta que le escribió el Gran Capitán. . . » (Quintana: *Vidas de los españoles célebres).*

En lugar de esta carta a que se refiere Quintana y que ha conservado la Historia, nosotros, por medio de un artificio dramático y precipitando un poco los acontecimientos, hemos traído al Gran Capitán a los sótanos del Alcázar de Segovia, donde tiene su explicación con el Rey (Acto tercero, cuadro último).

Pero lo que nos importa retener de las citas que hemos aportado, es la designación que hace el Rey de Pedro Navarro para «prender, en Nápoles, al Gran Capitán y sucederle en el mando de las tropas españolas».

No es verosímil que hombre de tanta prudencia y malicia como Don Fernando de Aragón, comprometiese, en esta que llama Quintana providencia escandalosa, el logro de sus deseos y el éxito final, nombrando por ejecutor a quien no le hubiera dado seguras prendas de su despego y desamor a Gonzalo. La obscura historia íntima del capitán de zapadores toma, por esta simple designación del Rey, un sentido inequívoco a los ojos del lector atento.

Y menos mal si las cosas se hubieran llevado, a toda luz, por los trámites ordinarios de la jus-

ticia y de la ley. Pero se trata, según todos los indicios, de una conspiración secreta, mantenida encubierta para asegurar su éxito, que si por parte del Rey tiene su excusa en su ignorancia de los hechos y en su natural desconfianza, avivada por la campaña de difamación a que sistemáticamente se entregaron los detractores de Gonzalo, por parte de Pedro Navarro, que compartió con él azares y laureles en la fraternidad de las campañas, que era testigo en Nápoles de la inquebrantable lealtad del Capitán Virrey y que pasaba por la injusticia del acto, aceptando hasta la complicidad de un Alberico Terracina, con tal de sucederle en el mando de las tropas españolas, no tiene justificación, ni excusa, ni atenuación posible. Aunque, de momento, la escandalosa providencia no llegara a ejecutarse, basta que el plan existiera para autorizarnos a inducir de este hecho, el temple de alma y el carácter que atribuímos a Navarro en nuestra leyenda.

Pero hay más. «El ánimo del Rey no se aquietaba, si no sacaba al Gran Capitán de Italia. . . ; le volvió a prometer el Maestrazgo de Santiago, luego que estuviese en España», dice Quintana en la obra antes citada.

Y en efecto; el Gran Capitán, cediendo a la presión y a los deseos regios, volvió obediente a España.

¿Quién le sucedió, en Nápoles, al frente de las tropas españolas? Pedro Navarro.

La repentina exaltación de este hombre a lugar de tal preeminencia, en momentos de tanto peligro

para España, cuando la liga de venecianos y pontificales que promovió Fernando para batir en Italia a franceses y tudescos, ponía en tanto aprieto el prestigio y autoridad de nuestro nombre en aquel reino, sólo podía justificarse y razonarse por la superior capacidad de Navarro, con respecto al Gran Capitán, demostrada y probada con hechos en el desarrollo de la futura campaña.

Veamos si fué así:

Dos momentos culminantes ofrece aquella recia y empeñada lucha de ambiciones y rivalidades: el cerco de Bolonia y la batalla de Ravena. ¿Cómo correspondió Pedro Navarro a la designación que de él hizo Fernando, para capitán de las tropas de la Liga? Haciéndose sorprender por los franceses que conducía Gastón de Foix en Bolonia, y contribuyendo al desastre de Ravena, cuya responsabilidad le alcanza de tal modo, que nunca más le volvió Fernando a su favor.

Consignemos un detalle característico: en el cerco de Bolonia, fué debido el desastre a la terca y petulante obstinación de Navarro, que todo quiso fiarlo al éxito de una de sus famosas minas. Para su realización dividió las fuerzas imprudentemente, y fallando la mina por cicunstancias especiales, ni pudo verificarse el asalto por donde Navarro lo tenía dispuesto, ni el resto de las tropas, que debía cortar el paso a las francesas de auxilio, pudo realizar su cometido por estar mal apostado y porque de todas maneras habría sido insuficiente en número para contener su impulso.

Guicciardini, en la *Historia de Italia*, que puso

en español nuestro Rey Felipe IV, aporta minuciosamente todos los detalles de ésta campaña, que brevemente dejamos resumida, y a su obra remitimos a nuestros lectores para su comprobación. Advertimos que se trata de la obra de un contemporáneo florentino, neutral, por consiguiente, en la contienda.

Pero no todo acaba aquí. «Pedro Navarro, *a sueldo del Rey de Francia*», dice Guicciardini en uno de los capítulos de su obra citada. Y en efecto; se trata de la traición final de Pedro Navarro, entrando a servicio del Rey Francés, después de la rota de Ravena, para combatir a los españoles, en el teatro mismo de sus antiguas glorias.

Veamos cómo nos da cuenta breve del hecho un francés, Michelet, en su obra la *La Renaissance:*

«En este momento nuestra joven infantería (la francesa) se estaba formando bajo la dirección de un hábil maestro, Pedro Navarro, que se había pasado al servicio de Francia. La ingrata y sórdida avaricia de Fernando le habría dejado morir sin rescate en su cautividad de Ravena (!). Este hombre de genio, que tan bien conocía a las bandas españolas, supo encontrar montañeses firmes y vivos que oponerles, en nuestros vascos y en la vigorosa raza de nuestros hombres del Delfinado . . .

. . . «Pietro (Pedro Navarro), que era el inventor de las minas, nos abrió camino (por los Alpes) haciendo saltar, a fuerza de pólvora, bloques gigantescos . . . »

Y no se cansa de alabar y mimar a su Pietro el escritor francés. Pretende justificar su traición en el abandono y despego del rey D. Fernando, que habiéndole colmado hasta Ravena, de honores desproporcionados al mérito de sus servicios, pareció desengañarse y apartarse de él después de la derrota. No tratemos de paliar siquiera el desamor del Rey. Pero recordemos que por aquellos mismos días Gonzalo de Córdoba, el héroe de Ceriñola y Garellano, el pacificador de Nápoles, el brazo del Rey en la Alpujarra, el general sin derrotas y el vasallo leal, languidecía obscuro en su agujero de las Alpujarras (Loja), atento al cultivo de sus tierras y a remediar la situación de judíos y moriscos, porque su Rey, que no encontraba digno galardón a sus servicios inmensos, tomó la resolución de olvidarlos para cancelar la deuda que no podía pagar. Y comparemos conducta y conducta.

Dice el ya citado Quintana: « . . . la batalla de Ravena, en que los franceses derrotaron el ejército de la Liga . . ., mudó por un momento estas disposiciones de Fernando. Las potencias aliadas, las provincias de Italia estremecidas, los restos dispersos del ejército, todos clamaban por el Gran Capitán, y ahogando la necesidad entonces todas las sospechas, recibió la orden y poderes plenos para pasar con tropas a Italia. Aprestóse en Málaga la armada que había de conducirle, y toda la nobleza española voló a Andalucía a alistarse en sus banderas y a entrar con él en las sendas de la gloria y de la fortuna. La porfía y

la concurrencia era tal, que hasta los soldados que componían la infantería y la guarda del Rey se iban sin su licencia para el Gran Capitán . . . Gonzalo, con su generosidad y afabilidad natural, los recibía, y con celeridad increible corría de unos pueblos a otros apresurando los preparativos de la expedición y aprestando la partida.

»Pero esta llamarada de nobles esperanzas no duró más que un momento. A la primera noticia que el Rey tuvo de que las cosas de Italia iban mejorándose y de que los franceses no habían sabido sacar partido de aquella gran victoria, dió las órdenes para que se deshiciera el armamento y para que el Gran Capitán sobreseyese en su partida. . . Y aquel héroe, que adversidad ninguna ningún trabajo pudo contristar, se vió vencido por este contratiempo, y apenas pudo disimular en el semblante el negro luto de que su corazón estaba vestido. . .

»Convocó a las tropas; las animó a la alegría por la mejora que habían tenido los negocios públicos, les prometió recomendar al Rey su buena voluntad y los sacrificios que habían hecho en aquella ocasión, y les pidió que esperasen tres días para hacerles alguna demostración de su agradecimiento por el celo con que le habían querido seguir. Al cabo de este tiempo hizo venir al campo de Antequera en dinero, joyas y vestidos hasta cantidad de 100.000 ducados, y los repartió generosamente por los oficiales y soldados del ejército. Representábale un doméstico suyo la exorbitancia de aquella liberalidad y el empeño en

que se metía por ella. — «Dadlo, contestaba él, que nunca se goza más de la hacienda que cuando se reparte.»

Esta fué la conducta de Gonzalo, pagando de su persona y bienes la ingratitud del Rey, después de Ravena; precisamente cuando Pedro Navarro, en quien estaba la responsabilidad de la derrota, por unos pocos bienes, se vengaba del olvido regio, poniendo su persona y artes al servicio del francés, nuestro enemigo.

Que los elogios interesados de nuestros vecinos decoren su memoria.

Por nuestra parte, ni se nos ocurre más epitafio, ni llevaremos el vituperio más allá de las palabras que ponemos en boca de Isabel, en el tercer cuadro del último acto:

¿Vendióse a Francia? Su castigo sea
no morir español; y es harto y basta.

* * *

No es necesario hacer constar que para ajustarnos a la celeridad del movimiento que es ley de la dramática, todos estos sucesos aparecen abreviados y en síntesis anacrónica, para hacerles entrar en el cuadro de nuestra leyenda. La virtualidad y substancia de la actuación de Pedro Navarro están íntimamente de acuerdo con los testimonios de la Historia. La única licencia que nos permitimos se refiere al tiempo, y es procedi-

miento que ya hemos empleado en obras anteriores. (Todo el desarrollo de *En Flandes se ha puesto el sol* descansa en esa base. Lo mismo debe entenderse de algunos episodios de *Por los pecados del Rey* y del último acto de *Las flores de Aragón*).

OBRAS DEL AUTOR

VERSOS

Odas (agotada).
Églogas.
Las vendimias (poema geórgico).
Elegías (segunda edición).
Vendimión (poema).
Canciones del momento.
Juglarías.
Tierras de España.

TEATRO

El pastor (poema dramático).
Benvenuto Cellini (biografía dramática.
Las Hijas del Cid (Premio de la Real Academia Española - segunda edición).
Doña María la Brava (Romancero dramático segunda edición).
En Flandes se ha puesto el sol (Premio de la Real Academia Española - cuarta edición).
La Alcaidesa de Pastrana (Primera parte de la Trilogia «Teresa de Jesús»).
Cuando florezcan los rosales (comedia sentimental, en tres actos, en prosa).

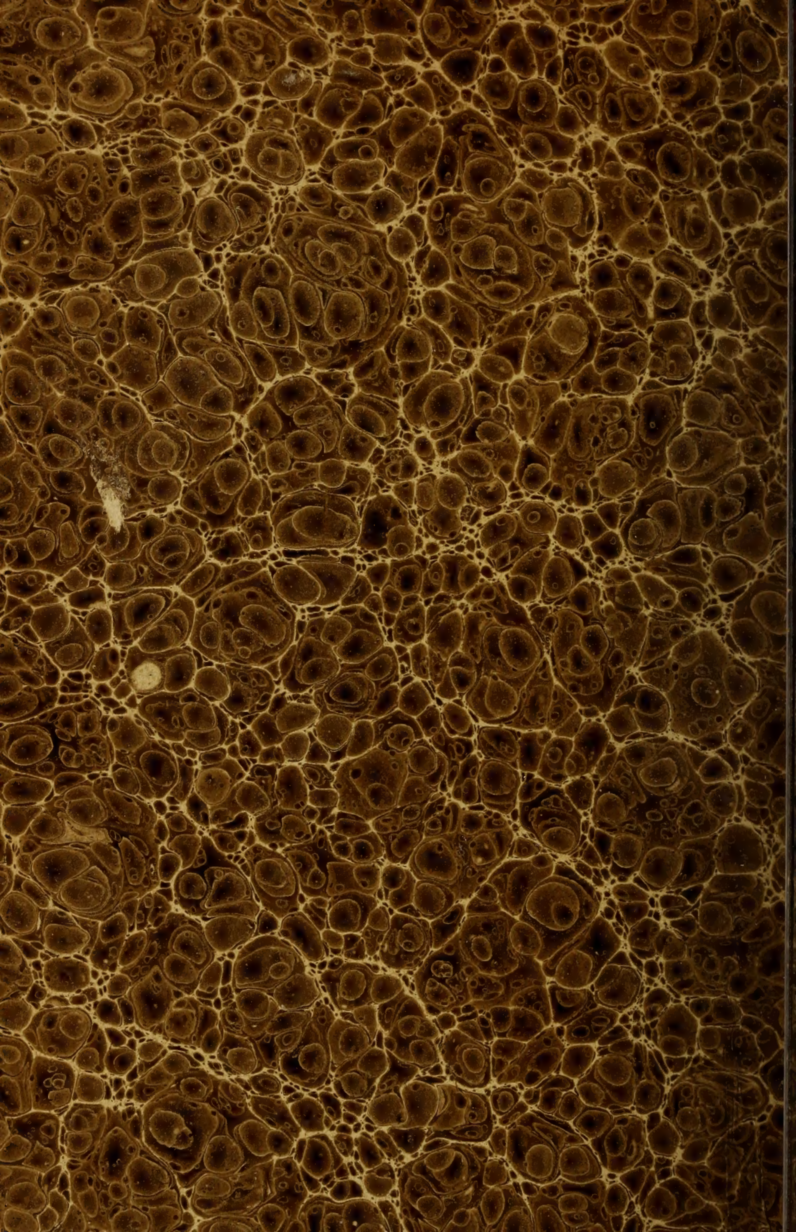
Por los pecados del Rey (drama en tres actos, en verso).
La Hiedra (tragedia vulgar, en tres actos, en prosa).
El retablo de Agrellano (drama religioso-fantástico).
Las flores de Aragón (comedia histórica, en verso).

NOVELA

Las almas anónimas.

TRADUCCIONES

«Las Flores del Mal», de Ch. Baudelaire (segunda edición).
Obras completas de *Guerra Junqueiro* (5 tomos).




LS.
M3576g
149908
Author Marquina, Eduardo
Title El gran Capitán.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

